

GFS-165-D

Los pajaros  
(mecnografiado)

FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

" L O S P Á J A R O S "

---

ACTO PRIMERO.



3ª copia.

" LOS PÁJAROS "

---

---



Comedia en tres actos, en verso, original de FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

---

---

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

P E R S O N A J E S

---

DOÑA BLANCA . . . . .  
DOÑA ESTRELLA . . . . .  
MARI ZAHIA . . . . .  
DON BERNARDO . . . . .  
DON RUBI . . . . .  
DON JUAN DE FLORENCIA . . . . .  
MALVAVISCO . . . . .  
DON MADRIGAL . . . . .  
DON SOTILLO . . . . .  
DON NOBLEDO . . . . .  
MAESE CICERON . . . . .  
ESTUDIANTE 1º . . . . .  
UN SARGENTO . . . . .  
DOS ESTUDIANTES Y DOS SOLDADOS, que no hablan.

-----

La acción en Salamanca, a principios del siglo XVII.

=====

## A C T O P R I M E R O

---

Una plazuela salmantina que sería recoleta y callada, si en ella no se hubiesen asentado una posada y una barbería, abiertas en el mismo edificio, de piedra dorada como es toda la ilustre ciudad del Tormes. Por el primer término del lado derecho, desemboca una callejuela y sobre ella recae, frente al espectador, la puerta del barbero, a cuya vera hay dos sillas de enea. Mediante una esquina, sigue luego la casa hacia el foro oblicuamente y, en esta segunda fachada, con rango de principal, se abre la entrada del mesón que, a ambos lados, se deja flanquear por dos mesas de pino, rodeadas, a su vez, por bancos y escabeles. A la izquierda, la fachada de un caserón hidalgo, con ligera oblicuidad. En su planta baja está la puerta, de la que sólo jugará una hoja o un postigo y, en el segundo término, hay una ventana con reja y estrecha celosía. En el piso superior, un balcón sobre la puerta y otra ventana, que a su tiempo jugará, con celosía de hojas movibles. Entre este hueco y la inmedia-

ta esquina, pende de un clavo la jaula de un canario. Al fondo, entre las dos escritas edificaciones, asómase un hermoso palacio plateresco, cuya esquina, como una proa, enfila esta plazuela en que la acción va a discurrir. A ambos lados del foro, calles: las dos a que da el palacio. En las últimas horas de la tarde, y en Mayo.

-----

(A telón corrido suena un rasgueo de guitarra, -sin el bordón grave o sexta cuerda de hoy,- exento de pretensiones. (Al aparecer la escena, DON MADRIGAL, sentado en una de las sillas del barbero, recibe de manos de éste, nombrado MALVAVISCO (la guitarra que acaba de rasguear, apoyada en la pierna izquierda, cuyo pie sentaba sobre la inmediata silla. En otro (asiento, que entorpece un tantico la entrada de la barbería, hállase DON ROBLEDO. (Al otro lado de los músicos, ocupando un (escabel de la próxima mesa, el galán DON (RUBI, y, en el escabel más próximo, DON (SCOTILLO. Los cuatro son estudiantes caballeros. En una mesa están puestos los (manteles con servicio de loza y cristal

(para cuatro cubiertos. ¡Ay!, en la otra mesa,  
(desnuda de lencería y de instrumento alguno,  
(comen en un solo plato de perro TRES ESTUDIAN-  
(TES capigorriones, con manteos, las sobras  
(que de cuando en cuando les saca el posade-  
(ro CICERON y sirviéndose solamente de sus  
(manos y de su hambre. El primero de ellos  
(se distingue porque usa unas gruesas anti-  
(parras que de poco más de nada le sirven.

MALVAVISCO.-

Ahora, imitadme vos.

RUBI.-

¡Buena imitación tendremos!

MADRIGAL.-

¡Dios me asista!

RUBI.-

Contaremos

con la voluntad de Dios;  
mas poned de vuestra parte  
un poquito de cuidado,  
porque es de Dios ayudado  
quien le reza con buen arte.

MADRIGAL.-

El meñique... ¡so la prima!

MALVAVISCO.-

¿So la prima, voto a mí?

Para que os responda en sí,

- RUBI.- habéis de ponerlo encima.  
Con la prima es demasiado melindroso, allo español, y prefiere un franco sol, que no un sí regateado.
- MALVAVISCO.- ¡Plantadlo en el cuarto traste, que es un sí casamentero!
- RUBI.- ¿Y el anular?
- MADRIGAL.- Al primero de la segunda.
- RUBI.- (Irónico) ¡Acertaste!
- MADRIGAL.- ¡Uf! Por mucho que me aplique...
- ROBLEDO.- ¡Eres un soberbio mulo!
- MADRIGAL.- Planto el anular... y anulo la pisada del meñique.
- MALVAVISCO.- Ese es un re sostenido.
- MADRIGAL.- Pues no habrá quien lo sostenga, vive Dios, como no venga armado y bien mantenido.

(Sale el posadero, MAESE CICERON, con unas  
(sobras que entrega a la voracidad de los ca-  
pigorriones.

RUBI.-

¡Sh: maese Cicerón!

¿No se come en esta mesa?

¿A qué encantada princesa  
servís dentro del mesón?

CICERON.-

A un caballero toscano.

RUBI.-

Sotillo: ¿lo conocías?

SOTILLO.-

Lo ví tras las celosías  
acechar como milano.

CICERON.-

Es espléndido, cortés  
y largo en palabras y obras.

RUBI.-

Se conoce, por las sobras  
que les llegan a esos tres.

ESTUDIANTE 1º.-

"¡Gaudemus igitur!"

SOTILLO.-

Presto  
servidnos, que don Rubí,  
a quien truje y prometí

que acabaría indigesto,  
pensará que en mi posada  
no se come sino el aire  
y os herirá algún donaire  
de su minerva acerada.

RUBI.-

Nada os digo, sino que  
Maese Garbanzo es duro  
de pelar.

CICERON.-

Ya me apresuro  
y, a la postre, os hartaré. (Mutis al mesón)

MALVAVISCO.-

Ponga en la tercera, aquí,  
el dedo del corazón,  
que es otro sí.

MADRIGAL.-

¡Maldición!  
¡También es duro este sí!

RUBI.-

Pues, el refrán lo asevera:  
"quién a buen árbol se arrima..."  
No te dará el sí una prima,  
si no ayuda una tercera.

MADRIGAL.-

¿Y la cuarta?

RUBI.-

(Burlón)

¡En el primero

también!

MADRIGAL.-

¡Al diablo el acorde!

(Dejando el intento)

ROBLADO.-

¿Y la quinta?

MADRIGAL.-

Monocorde

quisiera yo el clavijero.

(Dándole la guitarra a Malvavisco, que  
(se entra con ella a la barbería.

ROBLADO.-

(Con suficiencia) La quinta cuerda, rabel

de melancólico son,

fué peregrina adición

del gran maestro Espinel.

SOTILLO.-

Con vocación indistinta,

gran vate y gran tañedor,

es por igual inventor

de la décima y la quinta.

RUBI.-

La décima, la "espinela"

que dos quintillas empalma

con invisible charnela,  
y la quinta, el ¡ay del alma!  
que faltaba en la vihuela.

MADRIGAL.-

(Al Estudiante 1º)

Tú, don Cadalso, ¿qué opinas  
de Espinel?

RUBI.-

No le interpeles,  
que ha pescado dos sardinas  
y no sabe de espáneles  
mientras le queden espinas.

(Sale CECERON de nuevo con los  
restos de un pastel.)

CECERON.-

Con esto, la cena acaba:  
postre de confitería.  
De un pastel que el caballero  
apenas cató una pizca.

RUBI.-

Pero ¿quién es el Mecenas  
escondido entre cortinas,  
de cuya sobra se nutre

- CICERON.- la capigorronería?  
Don Juan de Florencia, un noble  
caballero, de familia  
princesca, por la traza  
y por el oro que tira.  
(Sale por el foro derecha MARI ZAHIA,  
vieja morisca, que tercia al cir la  
última estrefa.)
- MARI.- No es príncipe, sino duque.
- MALVAVISCO.- (Que un momento antes salió de su bar-  
bería.)  
No es duque, sino estadista.
- MARI.- ¿Qué será el seor barbero?
- MALVAVISCO.- Quanto ignora la morisca.
- CICERON.- Voy a sacaros la sopa,  
que apunta larga porfia. (Mutis al mesón)
- MARI.- Don Juan es duque de Nápoles,  
de Venecia o de Sicilia.
- MALVAVISCO.- Don Juan es embajador

de la corte florentina.

MARI.-

¿Hay corte en Florencia, acaso?

MALVAVISCO.-

¿Y duque en Nápoles?

MARI.-

¡Mira

que no ilustra un "piscator"

lo que un mercado adoctrina!

MALVAVISCO.-

Pues, ¿hay cátedra de avisos

mejor que una barbería?

CICERON.-

(Saliendo con un lebrillo)

¡La sopa!

SOFILLO.-

¡A cenar por fin!

ROBLEDO.-

¡Eureka!

MADRIGAL.-

¡Fiat lux!

RUBI.-

¡Albricias,

pues aquesta indagatoria

ni un pelo nos ilumina!

(Siéntanse en torno a la mesa; Don Rubí,

(de espaldas al caserón de la izquierda.

(Mutis de Cicerón.

MALVAVISCO.-

Yo os contaré de corrido  
los milagros de su vida.

MARI.-

Yo os diré a qué dama sirve  
y en qué negocio conspira.

RUBI.-

Contad y decid, que estamos  
afanosos de noticias.

MARI.-

Me apura una diligencia  
que ha de evacuar enseguida.

MALVAVISCO.-

Yo he de rizar un postizo,  
que debo entregar aína.

RUBI.-

Están a la misma altura  
la prendera y el rapista.

(Malvavisco éntrase en su barbería, mientras  
(Mari Zahia suena el aldabón de la puerta  
(de la izquierda. Los Estudiantes 2º y 3º  
(se van por la derecha del foro; el 1º re-  
(quiere un libro en el cual lee con extre-  
(mada actitud de miope.

ROBLSDO.-(A Sotillo) ¡Por Dios que, en vuestra posada,

se sabe lo que se guisa!

RUBI.-

Bien hiciste en convidarnos

que, en la nuestra, es hoy vigilia.

(Se abre el postigo del caserón y asóma-  
(se DOÑA BLANCA.

BLANCA.-

¿Mari Zahia?

MARI.-

Dios os guarde.

¿Vuestro tío...?

BLANCA.-

Con mi prima

MARI.-

Vengo a traerle un recaudo  
que holgárame yo, a fe mía,  
si en persona lo trujese  
Don Jacobo...

BLANCA.-

Sube arriba,  
y a mi tío don Bernardo  
hallarás bermejo en iras  
contra el privado, el monarca,  
el Consejo de Castilla...

MARI.- ¡Qué se yo! ¡Mil enemigos  
de su gloria, que le envidian!  
¡Y no tiene más contrario  
que su propia fantasía!  
BLANCA.- Sube, Mari Zahia, y cálmale.  
MARI.- Si el recaudo no le excita...  
BLANCA.- Sube y cierra, porque salgo.  
MARI.- ¡Dios os guarde!  
BLANCA.- Adios, amiga.

(Avanza en dirección al fondo derecha.  
(Viste como dama; pero con mucha modes-  
(tia. No lleva sombrero ni tocado algu-  
(no. De su brazo izquierdo, pende un me-  
(dio manto. Al pasar delante de los cua-  
(tro caballeros, finge reconocer a Don  
(Madrigal, que está sentado a la derecha  
(de don Rubí.

¡Primo don Gil...! en buen hora,  
vinisteis a Alba de Tormes!  
MADRIGAL.- ¡Señora...!  
BLANCA.- Me perdonad...

De frente... ¡sois menos hombre!

(Se ríen los otros tres)

¿Os reís? Quise explicaros...

RUBI.-

No intentéis explicaciones,  
que al hombre y al enemigo  
de frente se les conoce.

BLANCA.-

(Que ha logrado lo que quería: entablar  
diálogo con Don Rubí.)

Es verdad... Equivoquéme...

Don Gil es un gagalote

más hosco y más aferrazado

que este doncel. Engañóme

que aquí siempre se aposenta...

RUBI.- (A Sotillo) Como tú.

BLANCA.-

...que usa bigots...

SOTILLO.- (A Rubí) Como tú.

BLANCA.-

Y que, por costumbre,  
con tres a la mesa come.

ROBLEDO.-

¡Como los cuatro!

BLANCA.- (Azoradilla)

En efecto.

Pues... los cuatro me perdonen.

Quedad con Dios.

RUBI.-

¿Nos dejáis

sin contarnos pormenores  
de ese primo... tan dichoso,  
que se os presenta en visiones?

BLANCA.-

Mucho me entretuve. Temo,  
cuando mi tío se asome,  
que me riña por pararme  
a conversar con cuatro hombres  
que yo no sé quienes sean  
ni ellos a mí me conocen.

MADRIGAL.-

Sabréis quién somos al punto.

BLANCA.-

¡Estudiantes!

RUBI.+

Sin reproches.

Estudiantes caballeros,  
no zafios capigorriones.

- BLANCA.- ¿Y os llamáis?
- ROBLEDO.- Somos, señora,  
los caballeros sin nombre.
- RUBI.- Nos llamamos, por la cuna  
solar de nuestros mayores...
- ROBLEDO.- Don Robledo de Chavela...
- MADRIGAL.- Don Madrigal de las Torres...
- SOTILLO.- Don Sotillo de la Adrada...
- RUBI.- Don Rubí de Bracamonte...
- BLANCA.- (Impresionada) ¡Don Rubí...! (Luego disimulando)  
¿Y ese que el texto  
parece que se lo sorbe?
- RUBI.- ¡Don Cadalso de los Vidrios  
que, sin ellos, no ve el pobre!  
¡Y, a dos pares, por semana,  
les da, topando, garrote!
- ESTUD. 1ª.- (Levantándose airado)  
¿No sabréis disimular

que soy un tantico miope? (Yendo hacia el fon-  
SOTILLO.- ¡Un tantico! (do.  
BLANCA.- No se vaya.  
ESTUD. 1º.- Voyme, "insalutato hóspite".  
RUBI.- ¡A enamorar saledizos  
y a besar guardacantones!  
(En efecto, el Estudiante 1º, tropieza  
(con la esquina del foro izquierda, por  
(donde luego se va muy corrido, provo-  
(cando la risa de los cuatro amigos y  
(de la propia doña Blanca.  
BLANCA.- ¡Ay! Que si el tío asomara...  
Yo también corriendo voyme.  
RUBI.- Sin decirnos, doña Estrella...  
BLANCA.- ¡Doña Blanca!  
SOTILLO.- ¡Lindo nombre!  
BLANCA.- Doña Estrella es la primita  
con quien vivo.

(Muy coqueta)

Equivocóse.

RUBI.-

No; Doña Estrella os llamé  
porque sois un sol de soles.

BLANCA.-

¡Bah!... Worenucha...

RUBI.-

Trigueña.

¡Buen trigo para mis trojes!

BLANCA.-

Tan llanamente vestida...

RUBI.-

¿Qué importa al tesoro el cofre?

BLANCA.-

Y, además, -nada os oculto,  
Don Rubí,- huérfana y pobre:  
una hidalga de gotera  
criada en agrestes montes  
y en dehesas donde abundan  
más que cedros, alcornoques.

RUBI.-

Yo también soy campesino  
y ¡a fe que viene de molde  
al tapón de sus cortezas  
para el vino de mis odres!

(Sale CIGERON con una fuente)

CICERON.- ¿La sopa no hais terminado?  
ROBLEDO.- Llevaos ese guisote.  
CICERON.- Mi señora doña Blanca.  
BLANCA.- Voy a comprar...  
CICERON.- ¿Cañamones?  
BLANCA.- Quizás no llegue la bolsa  
para tamaños primores.  
RUBI.- Mas ¿no tenéis mandadero  
ni doncella que os lo compre?  
BLANCA.- Soy doncella de mí misma  
al parque de mis señores,  
que soy mi prima y mi tío,  
aunque arruinados, muy nobles.  
CICERON.- ¿Qué les importa, si está  
vuestra familia a las once?  
BLANCA.- No sea que alguno de ellos  
venga al olor de mi dote.  
RUBI.- La dote, señora nuestra,



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

lleváisla a quien os despose  
en ducados de mil gracias  
y, de hermosura, en doblones;  
sobre que os veo zafiros  
en los ojos habladores  
y azabache en las pestañas,  
que fingen dos guardasoles,  
y arañes en rostro y manos  
y corales en las flores  
que dieron las almendricas  
de vuestros dientes.

BLANCA.- (Burlona)

¡Piñones!

(Sintiendo que se abre la puerta de la  
casa.)

¡La puerta! ¡Válame Dios!

CICERON.-

Es don Bernardo.

BLANCA.-

¡Pescóme!

(Los Estudiantes, precipitadamente, se

(sientan a la mesa, DON BERNARDO aparece  
(de espaldas, hablando al interior y tirando  
(de la puerta.

BERNARDO.-

¡Yo le diré a don Jacobo,  
ese judío encubierto,  
que no es justicia el entuerto  
ni empresa lícita el robo!

(Cierra y da frente a los demás)

CICERON.-

¿Qué os enoja?

BERNARDO.-

¡Doña Blanca!

¿Ya vuelves?

BLANCA.-

¡Si ora he salido!

BERNARDO.-

Desde saliste, has podido  
correr toda Salamanca.

BLANCA.-

Con Cicéron me entretuve  
preguntando a cómo van  
la becada y el faisán,  
porque hoy día todo sube.

BERNARDO.-

¡Con cuatro maravedises,

pensar en volatería  
de príncipes! Me holgaría,  
con un puñado de anises.

BLANCA.-

Voyme allá.

BERNAR.-

Ténte un instante.

(Aparte)

¡Ojito con no escuchar  
ni arengas de militar  
ni pláticas de estudiante!

BLANCA.- (Id.)

¿Yo alternar con esa tropa?  
Sólo el supuesto me duele.

BERNAR.-

(Acercándose a la mesa, andando de ladillo  
y con un expresivo gesto sensual.

(Id.)

¡Por Dios, sobrina, que huele  
a maravillas la sopa!

CICERON.-

(Acercándose a ambos)

Don Bernardo, mi vecino,  
¡nuevo César, gran Pompeyo!  
aunque soy harto plebeyo,

perdonadme si adivino  
que hacéis el aprecio justo  
del guisado de paloma,  
quien solo por el aroma  
dice que es plato de gusto.

BERNAR.-

Tenéis el seso de estopa;  
que el olor no nos ha dado  
de semejante guisado...  
por culpa del de la sopa.

(A D<sup>a</sup> Blanca)

BLANCA.-

Has de aprender la receta.  
¡Allá voy!

BERNAR.-

¿Agora, infame?

BLANCA.-

Agora que se relame  
sólo del vaho.

BERNAR.-

¡Indiscreta!

¿Acercarte cuando alguno  
te puede galantear?  
Vete la cena a buscar.

Mejor dicho: el desayuno.

BLANCA.-

Verdad.

BERNAR.-

¿Y el manto? ¿No cuenta?  
como velo, femenino?

BLANCA.-

Este mío es tan hostil (Ensenándolo, lleno  
que todo se transparenta. (de rasgones.

¡Adiós!

(Vase hacia el fondo)

RUBI.- (Al pasar)

Me quedé sin vida.

BLANCA.- (Desde el fondo) Presto os resucitaré...

...Con la cena que os daré, (Al notar que se vuel-  
porque retorno enseguida. (ve su tío.

(Mutis por la derecha  
(del foro.

BERNAR.-

¡Cuanto bulle este jilguero!

CICERO.-

No tenéis mejor doncella.

BERNAR.-

¡Qué distinta de mi Estrella  
que es un pájaro casero!

CICERON.-

Nunca sale.

BERNAR.- (Exaltado)

¿Cómo quieres

que la hija de un coronel  
forme en el mismo tropel  
de las vulgares mujeres?  
¿No merecía esa moza,  
por ser yo su padre, andar  
con escolta militar  
y en deslumbrante carroza?  
Pero ya ves, Cicerón,  
cuanto nos cuesta la gloria:  
quien será un hito en la Historia,  
en la vida es un hambrón.

(Los cuatro estudiantes han suspendido  
(la comida por escuchar a Don Bernar-  
(do, y a sus insensatas voces sale tam-  
(bién MALVAVISCO, de su barbería.

CICERON.-

¡Cálmese, mi don Bernardo!

MALVAVI.-

¡Ya le dió la vena!

(A él)

Apuesto

que tendrá la culpa desto

BERNAR.-

algún monarca bigardo.

¡Felipe el Tercero, mengua  
de la estirpe del Segundo,  
por quien defendí en el mundo  
mi religión y mi lengua!  
Cien batallas le gané  
y una sola le he perdido:  
para las ciento, el olvido;

por la una, el puntapié. (Vase por la derecha  
¡Vélame Dios! (rojo de ira.

MALVAVIS.-

CICERON.-

¡Pobre viejo!

RUBI.-

¿Sufre rigores del Rey?

MALVAVIS.-

¿Qué rigores ni qué reyes?

Son maquinaciones de él.

CICERON.-

Ni es militar, ni lo ha sido.

VALVAVIS.-

Pero lo insólito es

que, en no dándole la vena

de su milicia, a mi fé

que no hay hombre más sesudo  
ni de mayor sensatez.

(Aparece en la puerta de la posada DON  
(JUAN DE FLORENCIA, caballero ricamente  
(vestido y alhajado. No trae capa, som-  
(brero ni armas. Quédase apoyado en una  
(jamba, oyendo a los otros. Avenza lue-  
(go, interesado, pero no tercia en el di-  
(logo.

CICERON.-

Conversa como un doctrino,  
razona como un bedel,  
y, en su trato y disciplinas,  
muéstrase docto y cortés.

MALVAVIS.-

Como padre, Don Bernardo  
de Albarrán es un Noé.

CICERON.-

Como tío, es generoso...

MALVAVIS.-

Aunque severo también.

CICERON.-

Como vecino, es un roble  
cuya sombra nos da prez.

ROBLEDO.-

Y ¡qué causa ha trastornado

su razón?

MALVAVIS.-

Yo os la diré,  
que de coro lo aprendí,  
en fuerza da oír y ver.

CICERON.-

Pero se enfria el guisado.

SOTILLO.-

¡Déjalo en paz!

MADRIGAL.-

Y sabed  
que, a un estudiante, le importa  
más la lección que el comer.

(Cicerón coge la fuente y se la lleva  
dentro.)

CICERON.-

Lo llevaré al fogaril  
y a un leño lo arrimaré. (Mutis)

MALVAVIS.-

Don Bernardo, ese despojo  
a quien pobre y loco véis,  
por hacienda y por blasones  
caballero ilustre fué.  
Casado en edad madura

y afligido en la viudez,  
quedáronle dos infantes:  
una niña y un doncel.  
Doña Estrella, que le vive,  
si es vivir adolecer  
entre espesas celosías  
donde encubre su estrechez,  
y Don César, cuya muerte  
en la rota de Rienberg  
es la chispa que a su padre  
le encendió la insensatez.  
Por vengarla, Don Bernardo,  
que hombre de armas nunca fué,  
sino Alcaide en Zaragoza  
y, en Granada, Chanciller,  
levantaba compañías  
de las que era coronel,  
por su propio nombramiento,  
que no por gracia del Rey.

A su costa las mantiene  
con bizarra esplendidez  
y, alistado en sus banderas  
tanto chusco bravonel  
del Arsenal de Sevilla,  
del Prado y Zocodover  
como acudiera al oífato  
de la paga mes por mes,  
¡imagina! las batallas  
del loco y de su tropel  
atacando a los recuerdos  
que él imaginaba ser  
flamenca huerte, asaltando  
con pomposa intrepidez  
los fortines de las casas  
de labor, y suponía  
las conquistas y los sacos  
de una guerra sin cuartel

en las trojes, en las cuevas  
y en los huertos al caer!  
Sin salir de aquestos campos  
salmantinos, por su fe  
jura que ha sido en Bruselas  
gobemador, en Argel  
almirante de la flota  
y en las Indias visorrey.  
Hasta un día que, arruinada  
toda su hacienda, al volver  
por la Sierra de Sequeros,  
saliéronle a Garcibuey  
tropas de Su Magestad  
que hubiéronle de prender  
y, tornándola a su casa,  
disolviéronle la grey.

RUBI.-

MALVA.-

¡Triste suerte!

Desde entonces,

su vivir es malcomer

y, hoy que sale un candelabro  
y mañana un arambel,  
no le queda en la almoneda  
ni una silla por vender.  
Doña Estrella, que es altiva  
cuanto hermosa, -flor de té  
que en oscuro invernadero  
no ve el sol amanecer,-  
se consume en su pobreza  
de ilusión y languidez,  
con un libro y un canario,  
que es su solo amigo fiel.  
Si no fuese doña Blanca,  
la sobrina, un cascabel,  
que trasmuta en luz la sombra  
y el acíbar vuelve miel,  
¡ni un destello de alegría  
pasaría ese dintel!

ROBLEDO.- ¡Notable situación!

MADRIGAL.- ¡Tipo notable,  
el don Bernardo!

SCOTILLO.- ¡Rara Doña Estrella!

RUBI.- Doña Blanca, notable, rara, bella,  
ingeniosa, traviesa ¡y adorable!

(Don Juan, aprovechando que los estudiantes se  
(vuelven para sus puestos en la mesa, cruza ha-  
(cia el primer término de la derecha por don-  
(de hace matís sosegadamente, como si pasara.

SCOTILLO.- ¡Maese Cicerón: vuelva el guisado!

RUBI.- ¿Ese es Don Juan?

MALVAVIS.- ¡El mismo!

MADRIGAL.- Os aseguro  
que oyó vuestro romance y ha escuchado  
con interés y con designio oscuro.

Ceño fruncido... Tácito paseo...

ROBLEDO.- ¿Estudias, Madrigal, para corchete?

MALVAVIS.- ¡Ira de Dios! (Súbitamente iluminado)

SCOTILLO.-

¿Qué os pasa?

MALVAVIS.-

Que ya veo

a qué aspillera apunta el falconete.

RUBI.-

No me fío de tí como adivino.

MALVAVIS.-

Ni yo os diré palabra, Don Rubí.

CICERON.-

(Saliendo otra vez con la fuente)

¡El guisado...!

SCOTILLO.-

¿De qué?

CICERON.-

De palomino.

MALVAVIS.-

Voy a ganar el tiempo que perdí.

(Vuélvese a la barbería, pero antes de  
(penetrar en ella, atisba la calle por  
(donde se fué Don Juan.

ROBLEDO.-

¡Huele a pavo!

MADRIGAL.-

¡A faisán!

CICERON.-

En mi posada,

lo más famoso es la perfumería.

RUBI.-

Y ese... Don Juan ¿a qué trasciende?

CICERON.-

A nada.

RUBI.- ¿No huele a cazador de altanería?

CICERON.- Es el más dadivoso caballero  
que entró por esas puertas.

ROBLADO.- ¿Cuándo vino?

CICERON.- Ha tres días, y todo el mes entero  
me pagó adelantado el florentino.

(Abrese la puerta de Don Bernardo y sale  
(MARI ZANIA, cerrando luego.

RUBI.- ¿Os pagó todo el mes?

SOTILLO.- ¿No va de paso?

ROBLADO.- ¡Ya sale la morisca!

MARI.- ¿Quién me llama?

SOTILLO.- ¿Dejaste a Doña Estrella?

MARI.- Sois acaso

tío o tutor de tan honesta dama?

¡No ha menester de dueña que la guarde!

MADRIGAL.- Si es linda por demás...

MARI.- Pero es discreta.

ROBLEDO.- ¿Y si el amor en sus entrañas arde?

MARI.- ¡Tampoco necesita proxeneta!

SCOTILLO.- ¡Adiós, la remilgada!

MARI.- ¡Adiós, el estudiante churrullero!

(Rezongando pasa junto a ellos, para em-  
(bocar la calle del primer término.

¡Retórica y latín? ¡Bolsa menguada!

¡Aquí me está aguardando el caballero!

(Sale DON JUAN, y a la puerta de la bar-  
(bería, cambian a media voz sus palabras.  
(Cicerón ha hecho matis.

JUAN.- ¿Le hablaste de mi afán a doña Estrella?

MARI.- Como acerté a explicarle vuestra cuita.

JUAN.- Dí, Mari Zahia, ¿es bella?

tal como dices de ella?

MARI.- Presto veréis su rostro.

JUAN.- ¿En una cita?

MARI.- ¡Mucho corréis, don Juan!

JUAN.- ¡Doblo la paga!

MARI.- Pero yo no soy maga,  
que pueda conjurar al mismo diablo  
para abrir esa puerta.

JUAN.- Con mi daga  
la haré saltar.

MARI.- Mejor con un venablo  
que hiera el corazón y, por la llaga,  
podáis entrar como en su casa Pablo.

JUAN.- Y, en tanto, ¿cómo verla?

MARI.- Proaetióme  
que podréis contemplarla un momentito,  
al caer de la tarde, cuando asome  
a recoger en casa al pajarito.  
Precure quedar solo.

JUAN.- Es obligado:  
nadie la vea sino yo!

MARI.- (Medio mutis) Hasta luego.  
Ya me diréis, don Juan, si os ha gustado.

JUAN.- (Dándole una moneda) Ahí tienes un ducado.

¡A cuenta de mi gusto te lo entrego!

(Mari Zahia besa la moneda y se marcha.

SOTILLO.-

¡Maese Cicerón! Finó el guisado.

¡A ver qué otro primer tenéis al fuego!

MALVAVIS.-

(Que ha asomado en su puerta, deteniendo  
a Don Juan.

No os fiéis de esa vieja,  
que por años lo fué, no por cristiana.

JUAN.-

¿Escuchaste?

MALVAVIS.-

¡Costumbre castellana!

Entrad, señor, y os soplaré en la oreja  
alguna novedad que os interesa,  
porque vuestros asuntos son los míos.

JUAN.-

Hazme la barba en tanto.

MALVAVIS.- (Cediéndole el paso)

Soy maese

en barbas y doctor en amoríos. (Mutis de ambos a la  
(barbería.

(De la posada sale CICERON con un plato  
(de magras, con un queso, y, colgada en

(la muñeca, una sarta de chorizos.

CICERON.- Nada es del fuego: queso, magras crudas  
y chorizos picantes...

RUBI.- Excelente final, si nos lo ayudas  
con vino de los Monjes Observantes.

(Mutis de Cicerón, que luego saldrá con  
una jarra..

(Por el fondo izquierda aparecen UN SAR-  
GENTO y dos SOLDADOS, que cruzan toda la  
escena para irse por el primer término de  
la derecha donde topan con DON BERNARDO  
que les para.

BERNAR.- ¿Vais en mi busca, soldados?

SARGEN.- Sargento me háis de llamar.

BERNAR.- Llámame tu coronel,  
menguado, y acertarás.

SARGEN.- ¿Coronel? ¿De qué bandera?  
¿Visteis un orate igual?

BERNAR.- ¿Orate? (Echando mano a la espada)

RUBI.- (Acudiendo con sus compañeros)

Venid, amigos.

(Al Sargento, que desenvaina su acero)

¡Teneos!

BERNAR.-

¿Te enfrentarás  
conmigo, insensato?

SCUJILLO.-

(Sujetando al Sargento)

Venga,  
que es un loco de verdad.  
Seguidle el aire.

ROBLEDO.-

BERNAR.- (Autoritario)

¡Sargento:

preséntate al capitán  
y, en un calabozo oscuro,  
mi nombre recordarás!  
¡Soldados: llevadle preso!

SARGEN.-

Coronel, ¡me perdonad!

BERNAR.-

No hay perdón para borrachos  
porque, en tu juicio cabal,  
de coro sabes quién es

Don Bernardo de Albarrán.

¡Al cuartel!

(Los dos soldados se llevan del brazo al  
Sargento por la derecha.

MADRIGAL.-

¡Pena de muerte!

RUBI.-

Sé piadoso, Madrigal.

(A D. Bernardo) Coronel, ya sosegado,  
¿lo indultaréis?

BERNARDO.-

Claro está

que, apenas recobre el juicio,

pondrémosle en libertad. (Se oye una carcajada

¿Quién se ríe, vive el Cielo? (por la derecha.

RUBI.-

Gentes que vienen y van.

SOPILLO.-

Acabemos con la cena.

RUBI.-

¿Nos queréis acompañar? (Se sientan los estu

BERNAR.-

Gracias... ¡Hola!... ¡Qué cherizos!

¿De Candelario, quizás?

RUBI.-

Traemos una perfia

sobre de donde serán.

Este dice que de Béjar...

Ese afirma que de Hervás...

Vos, que seréis, don Bernardo  
persona de paladar,

¿queréis probarlos y luego  
decirnos lo que opináis?

BERNAR.-

Gracias... No...

RUBI.-

Sería honra,  
en efecto, singular  
que un pleito de esta calaña  
lo fallase un hombre tal.  
Excusad mi atrevimiento.

BERNAR.-

¿Qué me dice de excusar?  
Daque y venga una rodaja.

RUBI.-

Uno entero.

BERNAR.-

¡No!

RUBI.-

¡Tomad!

Con un pizco para un diente  
no podréis dictaminar.

(Don Bernardo va a llevarse el chorizo  
(a la boca; pero vuelve los ojos hacia  
(su casa e instintivamente lo aparta.

BERNAR.-

No, no debo... ¡No es importa  
que lo guarde...? Quién sabrá  
de donde es el embutido,  
con toda seguridad,  
es Doña Estrella, mi hija,  
y mañana se os dirá.

SOTILLO.-

¡Nos complace!

HUBI.-

Sólo temo  
que en la mesa familiar  
se entable nueva porfia  
sobre la tierra natal  
del choricero y no alcance  
la ración para juzgar.  
Pero esto se arregla al punto.  
¡Llevad los cuatro! Aguardad.  
¡en esta fuente!

BERNAR.-

¡Los cuatro!

RUBI.-

¡Y esa hogaza!

BERNAR.-

¿Qué intentáis?

RUBI.-

Señor: aquese embutido  
no sabe sin este pan,  
porque jura el posadero  
que son del mismo villar.

BERNAR.-

¡Gracias, gracias!

ROBLE.-

¿De qué gracias?

RUBI.-

¿No soís vos quien nos honráis?

BERNAR.-

(Al tomar la fuente, emocionado, la mira)

Ved que en la fuente hay un queso.

RUBI.-

¡De Fermoselle, un lugar  
donde el Duero abraza al Tormes  
para entrarlo en Portugal!

BERNAR.-

¡Quién sabe si de mi hacienda!

RUBI.-

¿Tenéis vuestra hacienda allá?

BERNAR.-

¡Confiscóme la el monarca,  
en pago de mi lealtad!

RUBI.-

Coméoslo, por si fuera  
de vuestros hatos.

BERNAR.-

(Rechazando el gesto de Don Rubí que bus-  
ca en la mesa alguna otra cosa que ofre-  
cerle.)

¡No más!

Para una cena, es bastante. (Acercándose a su  
puerta.)

RUBI.-

¿Para una cena? (Acercándosele)

BERNAR.-

Llamad,

porque me tiemblan las manos  
y entrambas tengo que usar. (Don Rubí llama a la  
puerta.)

¡Para una cena! Y entiendo  
cual es vuestra voluntad.

Mi prez no me ensoberbece.

¡Soy noble por mi solar!

¡Ilustre por mis servicios!

¡Grande en Argel y en Cambrai,  
en el Perú y en Castilla;  
en la guerra y en la paz!

Pero esta noche, en mi casa,  
no había con qué cenar.  
Mi espíritu se rebela  
contra vos, cuando me dáis.  
El barro del que me hicieron,  
siente la necesidad.  
Por lo que tengo de Dios,  
me ofendéis y me humilláis.  
¡Dadme que os bese las manos  
por lo que tengo de Adán!

(Don Rubí le pone una mano sobre el hom-  
bro y Don Bernardo, conmovido, entra en  
su casa cuya puerta se abrió, sin dar-  
se a vistas nadie.)

RUBÍ.-

¿Pensáis que esté loco?

SCITILLO.-

¡Loco

de remate!

ROBLEDO.-

¡Sin dudar!

RUBÍ.-

A mí traspasóme el alma.

Si todo fuese verdad,  
no habría dolor más vivo  
que el suyo.

MADRIGAL.- El nuestro quizás,  
que nos quedamos sin postre  
por tu generosidad.

CICERON.- (Saliendo) ¿Ya acabásteis?

MADRIGAL.- ¡Si! ¡Qué dulces!  
los chorizos!

RUBI.- ¡A callar!  
Una buena acción es una  
golosina espiritual.

ROBLEDO.- ¿Hacemos una partida  
de naipes?

RUBI.- Como queráis.

SCIFILLO.- Maese: baraja nueva.

CICERON.- Si es limpia es contentará.

(Acabando de quitar el servicio que pone  
(en la otra mesa para llevárselo despues.

MADRIGAL.-

Con que no acepille bolsas...

SOTILLO.-

Y encended ese fanal,  
que va cayendo la tarde  
y presto anochecerá.

(Mutis de Cicerón. De la barbería sale  
(DON JUAN a quien despide MALVAVISCO.

MALVAVIS.-

Quedáis listo y enterado.

JUAN.-

¡Hola! ¿Quédanse?

MALVAVIS.-

A jugar.

JUAN.-

¡Fues tengo que despedirlos!

MALVAVIS.-

Haced quinto y los limpiáis,  
que escarcela de estudiante  
cortos doblones habrá. (A los estudiantes)  
¿Partida?

RUBI.-

A la veintiuna.

MALVAVIS.-

¿Queréis jugarla, don Juan?

JUAN.-

No conozco a estos señores.

MALVAVIS.-

Son los cuatro bachilleres

más doctores  
en albures y en placeres.  
Don Sotillo, Don Robledo,  
Don Rubí, Don Madrigal... (Se saludan los presen-  
Con la venia, yo me quedo (tados.  
de testigo presencial.

JUAN.-

Caballeros: -que esa espada  
como tales es buena,-  
el mentor no dice nada  
referente a mi persona.

MALVAVIS.-

¿Qué secreto ignorarán  
estos pozos de sapiencia?  
¿Qué no saben de Don Juan  
de Florencia?

RUBÍ.-

¡De Florencia!

MALVAVIS.- (Suficiente)

Así se llama

la ciudad donde nació.

JUAN.-

No, Florencia fué una dama  
que me amó.

MADRIGAL.-

¡Lindo mote!

RUBI.-

¡Su apellido  
cambia el nombre de la bella  
cuyo amor ha conseguido

JUAN.-

En efecto; soy... ¡de Ella!

MALVAVIS.- (Aparte)

¡Pues lo veo convertido  
en Don Juan de Doña Estrella!

CICERON.- (Saliendo)

¡La baraja!

(Se sientan en torno a la mesa, quedando  
(Don Juan con Don Robledo en el banco, en  
(el banco, dando frente a la casa de Al-  
(barrán; Don Sotillo a su izquierda, Don  
(Madrigal a su derecha, y Don Rubi en-  
(frente. Cicerón y Malvavisco permanecen  
(en pie. El primero ha sacado también su  
(pajuela con la que enciende el farol que  
(pende al lado de la puerta.

SOTILLO.-

¡Que me place!

CICERON.-

¡No hay mejor en Salamanca!

SOTILLO.-

Sorteemos quien se hace

con la banca. (Ea un naipa a cada uno)

El que logre mayor punto.

¡Don Rubí!

MADRIGAL.-

¡Será Don Opas!

¡Un rey tengo!

SOTILLO.-

Pero, junto,

le ha salido un as de copas.

MADRIGAL.-

Vale uno, por mi cuenta.

RUBI.-

Uno y once, a voluntad.

ROBLEDO.-

¡Es verdad!

MADRIGAL.-

Estos juegos los inventa  
el demonio.

SOTILLO.- (A Don Rubí)

Barajad.

(El juego se desenvuelve dando el banque-  
ro dos naipes a cada jugador y reserván-  
dose él otros dos. Piden los jugadores,  
como en la suerte de las siete y media.-

(y se plantan o se pasan. Las figuras valen diez puntos; los demás naipes, lo que marcan y el as vale uno u once a gusto del jugador como se ha dicho. Apunta cada uno el dinero que quiere en la jugada. El que tiene mayor punto gana y el que reúne los veintiun puntos que dan (nombre al juego, cobra doble de lo apuntado.

MALVAVIS.-

No diriman las jugadas  
en el desafiadero.

CICERON.-

Este albur, seor barbero,  
es de oros, no de espadas.

SCOTILLO.-

Yo... me planto.

ROBLEDO.-

¡Naipes quiero!

¡Voto al diablo! ¡Me pasé!

RUBI.- (A Don Juan)

Caballero...

JUAN.-

¿Véis la suma que apunté?

RUBI.-

¿Veinte escudos?

JUAN.-

Algo más.

- RUBI.-                   ¿Treinta?
- JUAN.-                   ¡Ciento!
- RUBI.-                   No me apura
- JUAN.-                   Pido naipes.
- RUBI.-   (Dándolo)                   ¡Vaya!
- MALVA.-                   ¡Ei as!
- JUAN.-                   Me planté.
- MALVA.-   (A Don Rubi)                   ¡Se me figura  
que no os libra Barrabás!
- RUBI.-                   Tú, ¿qué dices?                   (A Madrigal)
- MADRIGAL.-                   Que es liviano  
provocar a la fortuna.  
¡Quedo y gano!
- JUAN.-                   Lo veremos.                   (Sonriendo)
- RUBI.-   (A Don Juan)                   ¿Veintiuna?                   (Volviendo sus naipes)  
¡Las tenía yo de mano!  
(Recoge el dinero de todos; el de Don

(Juan en una bolsa.)

JUAN.- (Sacando otra bolsa)

¿He caído entre tahures?

MALVA.-

Son cabales jugadores:  
venturosos en albures  
e infelices en amores.

RUBI.-

Vuelvo a dar.

CICERON.- (A Don Juan)

¿Con otros cien  
asistís?

MALVA.-

Mucho dinero  
arriscáis en un amén.

RUBI.-

¿Cien escudos son también?

JUAN.-

Cien doblones, caballero.

SOTILLO.-

Yo no apunto más que un tanto.

RUBI.-

¿Un doblón?

SOTILLO.-

Un triste real.

¡Y me plantó!

ROBLEDO.-

¡Venga naípe! ¡Voto a... un santo

que no esté en el Santoral!

JUAN.-

Yo no pido.

MADRIGAL.-

Yo tampoco.

MALVAVIS.-

¡Lo entendéis!

RUBI.- (Mirando sus naipes)

No mal punto he conseguido.

(MOSTRANDOLOS) ¡Dieciocho!

JUAN.- (Tirando los suyos con ira) ¡Dieciseis!

RUBI.-

Pierdo en tres y en uno gano.

MALVA.-

Pero es vale en ciento el uno.

¿Por ventura, sés hermano

de San Bruno?

(Abrese la ventana alta de la casa de  
Don Bernardo.

ROBLE.-

¡Hola, amigos! La ventana

de la hermosa prisionera

se antreabre. (Todos miran suspendiendo el  
(juego.

JUAN.-

Se dijera

que jugáis de mala gana.

RUBI.-

No, por cierto;

mas anima ver un faro

a quien lleva rumbo incierto

y, en crepúsculo cubierto,

un girón de cielo claro.

SOTILLO.-

Nadie asoma.

JUAN.-

¡Qué bobada!

MADRIGAL.-

Medrosica es la paloma;

RUBI.-

Medrosica o recatada.

(Asoma el brazo izquierdo de Doña Es-  
(trella que recoge la jaula del pájaro.

ROBLE.-

La paloma es mano breve

blanca y fina como espuma.

SOTILLO.-

Como nube.

MADRIGAL.-

Como nieve.

RUBI.-

Si es paloma... como pluma.

ROBLEDO.-

Y retira a su canario...

SOTILLO.-

Y se va la aparición...

- RUBI.- Y se cierra el santuario...
- MALVA.- ¡Y se acaba la función!
- (Doña Estrella fué haciendo cuanto el  
(diálogo indica. Don Juan se pone de pie  
(malhumorado.
- RUBI.- Ved mi bolsa apercebida  
para daros el desquite,
- JUAN.- ¡La partida  
no me importa ya un ardite! (Saliendo del banco)
- MALVA.- Os dejáis una fortuna.
- JUAN.- Son curiosos y molestos.
- MALVA.- No penséis que sean éstos  
Caballeros de la Tuna.
- JUAN.- En la pérdida, deploro  
la ocasión más que el dinero. (Se va hacia la puer-  
ta del mesón.
- RUBI.- Os repito, caballero...
- JUAN.- ¡Buen provecho os haga el oro! (Mutis)
- MALVA.- Escapó malhumorado.
- CICERON.- Voy a hacerle cortesías. (Entrase también)

RUBI.-

Estas doblas que he ganado  
son tan vuestras como mías.

SOTILLO.-

Y... ¿qué haremos?

MADRIGAL.-

Es la hora  
de rondar a mi señora  
doña Elvira de Zapata  
y los tres hais prometido  
concertar la serenata,  
pues que yo para el tañido  
soy un asno de reata.

RUBI.-

Las vihuelas requéramos.

MALVA.-

Ye os acorro con la mía.

MADRIGAL.-

Llevarela como adorno. (Entran los dos a buscar

RUBI.-

En la puerta de Malvavi

¿Aquí mesmo nos juntamos?

MADRIGAL.- (Desde dentro) Estaré en la barbería.

SOTILLO.-

Salgo al punto. (Entrase en el mesón)

ROBLADO.-

Luego torno.

(Se va por el primer término derecha. Don  
(Rubi se dirige a la derecha del foro y,  
(por ese mismo lado, aparece DOÑA BLANCA.

RUBI.-

¿Per qué dichoso milagro  
la luna se vino al suelo?

BLANCA.-

Dejaos de astrologías,  
que tarde y corrida vengo.  
¿No oís que sonó la queda?  
¿No véis la luna en el cielo?  
¿No imagináis el discurso  
de mi tío, cuando vuelvo,  
vacía la faltriquera  
y el rostro de angustia lleno?

RUBI.-

Vuestro tío ya ha cenado.

BLANCA.-

Yo también..., en pensamiento.

RUBI.-

Escuchadme, doña Blanca.

¡Doña Blanca!...

BLANCA.-

Más ¿qué veo?

¿Recogido ya el canario?

RUBI.-

¡Hora es de que entre el jilguero!  
¿A este pobre gorrioncico  
dejaréis sólo al sereno?

BLANCA.-

¿Sois pardal?

RUBI.-

Como estudiante,  
no soy ave de colegio,  
que un bachiller de pupilos  
me da albergue y a buen precio;  
pero, de andar entre tordos,  
grullos, palomos, cigüeños,  
golondrinos, verderones  
y mil pájaros diversos,  
miro el batir de sus alas  
y también revoloteo.  
Sé el arrullo de la tórtola;  
de la curruca el arpegio...  
Cuando veo lindos ojos,  
que si azules, que si negros,

como alondra ilusionada  
acudo a los espejuelos.  
Aunque, a guisa de oropéndola,  
mi nido lo mueve el viento,  
soy fiel, como golondrina,  
al calor del nido viejo.  
Y en amores que, hasta agora  
mesmamente, no me hirieron,  
no soy pájaro de cuenta  
malandrín y aventurero.  
Rui señor apasionado  
quiero ser, fogoso y tierno,  
que se enferme de inquietudes  
y del aire sienta celos.  
¿No seréis falcón bravío,  
ni gerifalte doméstico?  
¿No acecharéis las zuritas  
de algún palomar ajeno?

BLANCA.-

RUBI.- ¿No volaréis hacia el norte  
cuando se acabe el invierno?  
¡Si duda tenéis, señora,  
clavadme como murciélago!  
Pero ¿por qué esos temores?

BLANCA.- ¡Porque me asusta perderos! (Tan ingénuo, como ren-  
RUBI.- Una flecha emponzoñada (dida.  
me lanzásteis contra el pecho.  
Si el flechazo fué un instante  
para siempre es el veneno.  
Vos sentísteis, por ventura  
la punzada al mismo tiempo.

BLANCA.- Si no hubiere celosías,  
-recatados miraderos-,  
yo también sería presa  
de un flechazo en un encuentro.

RUBI.- Mi cariño nace niño,  
pero os jura ser eterno.

BLANCA.- Del amor que me encendísteis  
gran rescoldo me prometo,  
que prendióse despacito  
para hacerse duradero.

RUBI.- ¡Doña Blanca de mi vida!

BLANCA.- ¡Don Rubí de mis ensueños!

RUBI.- No despiertes, que me matas.

BLANCA.- No me olvides, que despierto.

(Sale del mesón DON SOTILLO con su guitarra)

SOTILLO.- ¿Ya retornaste?

RUBI.- ¿Qué disparatas?

BLANCA.- (Aparte) No dadle nuevas de este concierto.

RUBI.- Me he entretenido...

porque esta dama quiere un cubierto  
y a vuestro huésped se lo he pedido.

BLANCA.- Mas... como tarda...

RUBI.- ¡Presto, mæse!

BLANCA.- Entro yo mesma.

(Mutis al mesón)

RUBI.-

¡Pónese el sol!

SOTILLO.-

¡Quédome a oscuras!

RUBI.-

Si yo pudiese,  
te alumbraría más que el farol.

Pero el secreto  
quiere esa dama...

SOTILLO.-

No necesitas ser indiscreto.  
Ya veo claro, -luces de llama  
son las mejores para el objeto,-  
que tú la adoras... ¡y ella te ama!

RUBI.-

¡No te lo digo!

SOTILLO.-

No te pregunto.  
y, a quien me emplace como testigo,  
dígale al punto  
que de ese asunto  
sé todavía  
menos que tú de Filosofía.

ROBLEDO.-

(Por la primera derecha, con su guitarra)

Vamos, amigos, ya estoy aquí.

(De la barbería salen MADRIGAL y MALVA-  
(VISCO con la suya y, del foro derecha,  
(la morisca.

MARI ZAHIA.- ¿Ronda esta noche?

RUBI.- Y a lo morisco,  
porque las coplas son para tí.

MARI.- ¿Son para mí?

ROBLE.- (Ceremonioso y  
burlón) ¡Son para vos!

SOTI.- (Señalando al  
barbero.) Por eso vamos con Malvavisco.

MADRIGAL.- Con malvavisco, menta y benjui  
¡para la tos! (Se ríen)

MARI.- ¡Vayan al diablo  
con sus guitarras!

MADRIGAL.- Eso, a la postre, vamos a hacer.

MALVA.- No os acompañe.

(Ap) Aunque en las rejas hay fuertes barras,  
temo a las garras

de esta mujer.

MADRIGAL.- ¿Quién tade entonces el instrumento?

RUBI.- Venga, que el mío...

SOTILLO.- ¡Se descorró!

ROBLEDO.- ¡Cuerdas al aire!

MADRIGAL.- ¡Coplas al viento!

RUBI.- ¡Vivan los reyes de la vihuela  
y el maestre escuela  
que la inventó!

(Vanse por el foro derecha los estudian-  
tes y, a poco, empiezan a oirse rasgueos.  
(Malvavievo se aparta hacia la puerta de  
(su barbería, desde donde vigila a Mari  
(Yahia.

(Sale DON JUAN, con sombrero, capilla y  
(espada.

JUAN.- ¿Tú la morisca?

MARI.- ¿Vió a la señora?

JUAN.- Me lo estorbaron esos bergantes.

(Sale DOÑA BLANCA y, atraída por los ras-  
(güeos, se asoma al fondo.

MARI.--

¡Mala fortuna!

Son muy traviosos los estudiantes.

¿No oís ahora?

Vanse de tuna.

JUAN.--

¡Come tunantes!

BLANCA.--

(Volviéndose y terciando en un espontáneo  
(alarde de fervor.

¡Son la alegría

de Salamanca!

JUAN.--

Como yo fuese corregidor,

los echaría,

-pena de tranca,-

de veinte leguas alrededor!

MARI.--

No se disguste Su Señoría.

JUAN.--

¡Son la barbanca,

la algarabía,

la picardía,

la libertad.

¡Son el escarnio de Salamanca!

BLANCA.-

(Francamente ofendida)

¡Son el orgullo de la ciudad!

Los estudiantes pasan cantando  
por las esquinas.

Cantan y ríen, iluminando  
los tristes leres,  
las nobles ruinas,

que reverdecen en los cantares  
de las bizarras estudiantinas.

Pasan mozuelos barbilampiños,  
-apenas hombres, apenas niños;-  
pasen galanes con sus mostachos,  
tan desenvueltos, tan vivarachos,  
que se confunden en su alegría  
con los muchachos.

Son caballeros,

son reñidores

y, blasonando de su hidalguía,  
jamás disputan por sus dineros,  
pero se matan por sus amores.

Llevan al cinto nobles espadas,  
rico legado de sus abuelos  
que las blandieron en sus cruzadas  
por otras tierras, bajo otros cielos.

Y no desdeñan las aventuras  
porque celebran sus travesuras  
las buenas gentes con risa franca  
¡y las pregonan los romanceros  
por las plazuelas de Salamanca!  
Estos, que rondan por las esquinas  
como bandadas de mariposas,  
son de una raza de grandes hombres.  
Van a las aulas, -aulas famosas  
por salmantinas,-  
en pos de timbres para sus nombres.

Este, envidioso de los laureles  
de Juan de Austria batiendo infleles,  
va en sus comienzos a licenciado...  
pero se queda luego en soldado.

Aquel, celoso del rey de reyes  
Alonso el Sabio, planea leyes.  
Uno es bucólico y, hacia el Parnaso,  
sigue las huellas de Garcilaso.

Otro su nimbo soñando labra  
por la elocuencia de su palabra.  
Quien, emulando palmas de Lope  
sueña en Talía más que en Caliope.

Cual es filósofo que desentraña  
la oscura tésis de antiguo credo...

¡Y todos juntos, con su denuedo,  
son los que deben servir a España!

Así caminan a todas partes  
los bachilleres,

doctos en licencias, sabios en artes...  
¡y empujados, de las mujeres!

Porque en las noches blancas de luna,  
artes y ciencias llévase el viento  
cuando en pandilla corren la tuna.  
Mas no el donaire y entendimiento  
con que se vuelven todos poetas

esos donceles

y se acompañan con tejoletas  
y cascabeles.

¡Pasen cantando

las juveniles estudiantinas!

¡Sigán rondando

por las esquinas!

¡Mientan amores bajo las rejas  
de las hermosas!

¡Cruzen y crucen por las callejas  
tan bulliciosas,

mientras, siguiendo su correría  
de alados giros,  
van cien miradas y mil suspiros  
de simpatía!

¡Corran la senda de la aventura  
como les dicte su pensamiento!  
¡Rindan a todos con su contento  
con su entusiasmo, con su locura!  
¡Siempre animosos, siempre arrogantes,  
rondando en noches de luna blanca,  
pasen cantando los estudiantes  
por las plazuelas de Salamanca!.

-----  
T E L O N  
-----

CARMEN MORENO  
Copista Teatral  
MURCIA, 25, 1.º B  
TEL. 77488  
MADRID

FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

" L O S P Á J A R O S "

---

ACTO SEGUNDO.



3ª copia.

" L O S P A J A R O S "

---

---

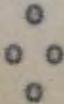
ACTO SEGUNDO.

---

---



CARLOS MANUEL FERNANDEZ SHAW



## A C T O   S E G U N D O

---

Una estancia en el piso principal de la casa de Don Bernardo, con una prolongación en el primer término de la izquierda, a manera de rincón, limitado éste en su fondo, por un lienzo de pared en el que se abre una chimenea apagada y, en su lado izquierdo, por otro muro con una puerta que conduce a la cocina y otras dependencias interiores. Este rincón forma un lugar íntimo en la amplitud de la estancia, cuyo aspecto es el de un gran vestíbulo sobre el que recae, a la derecha, la escalera de acceso, con dos alas bajo sendos arcos, la que viene de la planta inferior, en segundo término, y la que sube a la torre; en el fondo, el balcón que ya conocíamos sobre la puerta del edificio y que da vista a la frontera esquina de la posada; a la izquierda, en segundo término, la puerta de la cámara de doña Estrella. Todo está casi desmantelado y forma gran contraste la belleza arquitectónica de la mansión con el mobiliaje y adorno que constan sencillamente de una mesa de pino, en aquella rinconada del lado izquierdo, con un sillón des

vencijado en sus inmediaciones y dos viejas sillas de enea, más el escudo de una panoplia, sin arma alguna, que aparece colgado sobre la chimenea. En las paredes se advertirá, por diferencia de colorido, el hueco de los muebles y cuadros que, hasta poco antes, las exornaron. Es de día.

=====

(DOÑA ESTRELLA, sentada en el sillón. Vis-  
(te de dama, sin lujo; pero da a su porte  
(un tono señorial que nunca abandona, en  
(contraste con la sencillez de DOÑA BLANCA,  
(que ahora lleva sobre el vestido un de-  
(lantal, y entra y sale, dando la impre-  
(sión de que se ocupa en las haciendas de  
(la casa. MARI ZAHIA, la morisca, está de  
(visita, en espera de don Bernardo y de pie  
(en señal de respeto.

MARI.-

Tardará Don Bernardo.

ESTRELLA.-

Poco para en la casa.

BLANCA.-

Desde que hace la compra,  
que es tarea muy larga.

Con dineros, qué fácil  
proveer las viandas;  
pero enjuta la bolsa  
¡ay! yo sé las palabras,  
los mohines graciosos,  
las sonrisas bizarras,  
que costóme algún día  
conseguir la pítanza.

¡El verá cómo vence  
no teniendo mis armas!

Pero, amiga, en clausura  
me ha metido. ¡En la jaula!

ESTRELLA.-

Porque dice, -y es cierto-,  
que no debe una dama  
de su alcurnia, mezclarse  
entre rufos y daifas.

BLANCA.-

¡A buen hora se acuerda  
de que soy de su casta!  
Es que oyó que me rondan

por la noche guitarras.  
Es que teme, celoso,  
que le roben la pájara.  
Y no sabe el manguado  
que no hay puertas ni barras  
como el propio albedrío  
de quien cuida su guarda.

ESTRELLA.-

¡Por dos días de encierro  
lloras tú, prima Blanca!  
Cuando lleves mis años...

BLANCA.-

En prisión voluntaria.  
¿Quién te veda salir?

ESTRELLA.-

Mi pobreza lo manda.

BLANCA.-

Prima Estrella: el orgullo!  
¡El mirarte sin galas,  
sin brocados y armiños,  
sin adornos y alhajas!  
Para ser dama ilustre,

ESTRELLA.-

con tu nombre me basta.  
Para ser bien querida,  
¿no es un cebo tu cara?  
De estudiantes, acaso.

BLANCA.-

No me mires con rabia  
si te advierto que son  
mi quimera dorada.

MARI ZAHIA.-

Doña Estrella merece  
puntería más alta.

BLANCA.-

¿Porque es noble y bonita?  
¡Yo también, Mari Zahia!

Pero es necio apuntar  
con ballesta a las águilas.  
¡Yo les tiro a los tordos  
que con piedras se cazan!

ESTRELLA.-

¿Cyes? Sube mi padre.

BLANCA.-

¡Quiera Dios que algo traiga,  
porque tengo a la lumbre  
un puchero con agua!

(Entra DON BERNARDO, cariacontecido.)

¿Qué me da, señor tío?

BERNAR.-

Lo de ayer.

BLANCA.-

¿Nada?

BERNAR.-

¡Nada!

¿Viste si en la despensa,  
entre las telarañas  
no quedó alguna cosa,  
por ventura, guardada?

BLANCA.-

¡La despensa está limpia  
como toda la casa!

BERNAR.-

Pues entonces...

BLANCA.-

Si quiere,  
coceré flor de malva.

BERNARDO.-

En el huerto hay peonías  
que darán más sustancia.

(Mutis de Doña Blanca por la escalera ha-  
cia abajo.)

MARI.-

Don Bernardo...

BERNAR.-

¿Qué quieres?

Ni te ví, Mari Zabía.

MARI.-

Don Jacobo no espera.

Sus escudos reclama.

Si los mil convenidos

no recibe mañana...

BERNARDO.-

¡Por mil puercos escudos

me echará de mi casa!

MARI.-

Tal derecho le disteis

al firmar la libranza.

ESTRELLA.-

¡Nuestra casa!

BERNARDO.-

¡Una torre

de corona almenada

y, en la clave del arco

de su puerta, las armas

de los veinte varones

que ilustraron mi raza!

¡Ese escudo no vale

más que mil de oro o plata?

Vale más, Don Bernardo,

MARI.-

vuestra firma y palabra  
y, con ellas, vos mismos  
le empeñásteis la casa.

BE FNAR.-

Ese buen Don Jacobo  
San Miguel, enmascara  
bajo un nombre de santo,  
su progenie judáica.

MARI.-

No se meta a inquirir  
abolengos.

BE FNAR.-

Te empacha,  
porque tú eres morisca  
y, del tal, prima hermana.

MARI.-

Nuestro padre es Adán  
como el vuestro.

BE FNAR.-

¡Bellaca!  
Tú eres hija del diablo  
que le dió la manzana.

ESTRELLA.-

¿No podría aplazarse...?

MARI.-

¿Cuánto tiempo, si aguarda

BERNAR.-

todo un año? ¿Y qué herencia  
colmará vuestras cajas?  
No hay herencias en ciernes;  
mas conservo una espada  
¡y algún día a buscarme  
llegarán mis escuadras,  
reclamando el esfuerzo  
de quien hoy levantara  
las banderas, en Flandes  
por desdicha inflamadas!

MARI.-

Eso, sí. Cuando vengan...  
Pero ved como tardan.

ESTRELLA.-

Padre mío, calmaos.  
Revolved en el arca,  
no haya alguna escritura  
que tengáis olvidada  
y nos queden aún censos,  
regalías o cargas.

BERNAR.-

Buscaré... pero teme  
que, si alguna quedara,  
por el rey la gabela  
me estará confiscada.

ESTRELLA.-

Si tan muertos vivimos,  
no apaguéis la esperanza.

BERNAR.-

¿Vivo yo de otras luces  
que del sol de mañana? (Mutis por la escalera ha-  
(cia arriba.

(Doña Estrella se aproxima al balcón y,  
(por detrás de los visillos, mira a la  
(plazuela. Mari Zahía la observa con pi-  
(caresca intención.

MARI.-

Mi señora Doña Estrella,  
por su gusto reclusa,  
de la calle no se olvida.  
La mirada fija en ella,  
sintiendo, en la pena, el gozo  
de imposibles asideros:  
como mira a los luceros

el agua quieta del pozo.  
¿Qué véis, señora?

ESTRELLA.-

Don Juan

¿es soldado, por ventura?  
Que viste, se me figura,  
arreo de capitán.

MARI.- (Acercándose al balcón)

Capitán de los primeros,  
por su rango y en justicia!  
Siempre ha sido la milicia  
oficio de caballeros.

ESTRE.- (Retirándose del balcón)

Alma, vuelve de las nubes  
a tus pajizos rastros,  
que más te ciega los ojos  
el sol cuando más te subes.

MARI.-

¿Le amáis? (Intencionada)

ESTRE.-

Amor no es acaso

mi sentimiento.

MARI.-

¿Pues qué?

ESTRE.-

Ni yo, Mari Zahia, sé  
por qué me aflijo y me abraso.

MARI.-

Es gentil.

ESTRE.-

Los desdeñé  
más hermosos.

MARI.-

Rico.

ESTRE.-

¡Tantas  
fortunas que hubo a mis plantas  
las aparté con el pie!

MARI.-

Influyente, poderoso...

ESTRE.-

No habrá Don Juan de Florencia  
la poderosa influencia  
de un Girón o de un Moscoso.

MARI.-

Entonces...

ESTRE.-

Era yo un astro  
con lunas alrededor.  
Hoy Don Juan es resplandor  
en mi estatua de alabastro.

Soy la yacente figura  
de mi pasado prestigio,  
que sueña con el prodigio  
de alzarse en la sepultura.  
Por él, regusto bellezas  
de aquellos días dorados;  
que mejor son olvidados  
los duelos que las grandezas.  
No es amor... es desazón;  
no es deseo... es esperanza.  
Una luz en lontananza,  
un camino de evasión.

BLANCA.-

(Volviendo por la escalera por un ramo  
(de hierbas.

San Onofre en el desierto  
no encontraría manjares  
como las estrellamares  
que florecen en mi huerto.

MARI.-

¡Por Dios, que es parvo yantar!

BLANCA.-

Haremos un gargarismo  
que, en no tragando, lo mismo  
satisface al paladar.

(Volviéndose hacia la escalera)

¿Qué hacéis, maese?

MALVAVISCO.- (Saliendo)

Dar vuelta

y amartillar el cerrojo,  
que hay alcotanes al ojo...  
y alguna alimaña suelta.

MARI.-

¿A quién apuntas?

MALVA.-

¡Al aire!

Sólo digo que, a menudo,  
detrás de un ilustre escudo  
se pone un rufo al socaire.

BLANCA.-

Seor barbero...

ESTRELLA.-

Explicad

ese enigma.

MARI.-

Está aclarado,

que barbero y malhablado

son términos de igualdad.

MALVA.-

Mira que si ahondo...

MARI.-

Escarba

cuanto quieras, hablador.

MALVAVIS.-

Aquí llega mi señor

y vengo a hacerle la barba.

(Sale DON BERNARDO, trayendo un rico y elegante vestido de dama.

BERNAR.-

Mira, Estrella, ¡quién diría

que en el arca del desván

hubiese un traje galán

de seda y argentería!

La casaquilla estofada

de perlas de fino oriente

y el brisal, de seda crujiente

con plata y oro bordada.

ESTRE.-

(Que al escuchar a Don Bernardo y ver el traje, ha ido sorprendiéndose y exaltándose.

¡Es el vestido de Corte



MARI.-

que estrené en Valladolid!  
Vendedlo, pues, y acudid  
con la suma que os reporte  
a Don Jacobo.

BERNAR.-

¿Valdrá  
mil escudos?

MARI.-

Cien os doy.  
Pero es bastante por hoy.  
Don Jacobo esperará,  
cuando vea un adelanto.

BERNAR.-

Toma.

ESTRE.-

¡No! Dámelo un breve  
momento. ¡Que se lo lleve  
con las perlas de mi llanto!  
¡Lindo brial!

BLANCA.-

ESTRELLA.-

¡Viéraslo, prima,  
caer sobre el guardainfante  
y el peto con deslumbrante  
collar de gemas encima!

X

¡Vieras la blanca gorguera  
rizosa y escarolada  
so la mejilla afeitada  
con rosas de primavera!  
¡Sobre el caballo, el airón  
de una diadema esplendente!  
¡Una esmeralda en la frente!  
¡W un rubí en el corazón!

BLANCA.-

¡Un rubí! ¡Quién no lo lleva!

ESTRE.-

A mí, volóme del pecho.

MALVAV.-

¡Sus al tío!                    (Aparte a Doña Blanca)

MARI.- (A Don Bernardo)

¿Trato hecho?

ESTRE.-

Tomadlo.

BERNAR.-

No, que él renueva  
en tu memoria una brasa  
que no querría apagarte  
y, a la postre, has de quedarte  
sin el vestido y la casa.

MARI.-

Cien escudos de señal  
no son pequeño rehén.

BERNAR.-

¿Y los novecientos, quién  
me los procura? No hay mal  
que si bien no conduzca al fin.

(A DE Estrella)

Toma el traje, resplandor  
de antaño, leve fulgor  
que alumbre tu camarín.  
Guárdalo en ese aposento,  
que es el único, hija mía,  
donde luce todavía  
mi pasado valimiento.  
Sé que nada soy ni valgo,  
que el hambre nos adentella,  
mas al espíritu, Estrella,  
¿no debemos darle algo?  
Esa estancia es el edén  
que endulza las estrecheces;  
donde entras algunas veces

a olvidar... ¡y yo también!

(Mutis de doña Estrella por la segunda  
(izquierda, llevándose el rico traje con  
mimo.

MARI.-

Voyme, pues, y a Don Jacobo...

BERNAR.-

Le dices... lo que te plazca,

MARI.-

Que cobrará, cuando nazca  
la pera en el algarrobo.

BLANCA.-

Y da paso a los que llaman,  
que ha sonado el aldabón.

MARI.-

¡Adiós! (Mutis por la escalera abajo)

MALVAV.-

Cien escudos son  
muchas cosas, por mi exámen.

BLANCA.-

Pero son mil los que debe.

BERNAR.-

¡Mil! Y faltan novecientos.

MALVAV.-

Mil... ya sé que son diez cientos.

Pagan uno... y restan nueve.

Lo que <sup>no</sup>entiendo, y aguardo

las razones oportunas,



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

es por qué, estando en ayunas,  
tira los cien Don Bernardo.  
Cien escudos, señor ,ío,  
son seis meses de yantar,  
pues que, en mi casa y hogar,  
con menos se hace el avío.

BLANCA.-

No le excite, seor barbero.

BERNAR.-

Tú no entiendes mis acciones,  
porque eres un majadero.  
En España, un caballero  
se alimenta de ilusiones.

MAIWA.-

¡Y así le huele el puchero!

(Per la escalera, aparece DON RUBI. Se ha afeitado el bigotillo y pelado a lo rústico. Viste como un pastor. Trae sobre los dos hombros una cordera viva. En uno de ellos, una alforja repleta colgada. En una mano, un par de gallinas atadas.)

RUBI.-

¿Me dán licencia? .

BERNAR.-

¿Quién es?

BLANCA.- (Ap.)

¡Don Rubí!

MALVAVIS.- (Ap.)

¡Notable treta!

RUBI.-

Soy un zagal, Don Bernardo,  
que viene de vuestra hacienda  
de Fermoselle.

BLANCA.-

¡Blasillo!

¿Es que ya no me recuerdas?

BERNAR.-

¿Un zagal de Fermoselle?

BLANCA.-

¡Blasillo!

RUBI.-

Y vos... Doña Estrella.

BLANCA.-

¡Doña Blanca! Se conoce  
que mirabas a tu dueña  
con tan breve miramiento  
que ya no te acuerdas della.  
A mí, que soy prima pobre,  
¡ni me mirabas siquiera!  
De Fermoselle... Blasillo...  
Nieto de Roque y de Tecla,

BERNAR.-

BLANCA.-

BEFNAR.-

¡De Roque, el declamador  
más bizarro de leyendas!

BLANCA.-

Y su mujer, ¡qué famosa,  
por redicha y refranera!

RUBI.- (Ap.)

¡Plegue a Dios no se me olviden  
esas partes de mi abuela!

BLANCA.-

¡Cómo creciste, Blasillo!

MALVAV.-

¿Y tu padre, buena pieza?

RUBI.- (Ap)

Y ¿quién sería mi padre?

(Alto)

Este señor es...

BLANCA.-

¿Don César?

No, mi primo...

BEFNAR.-

¡Es caballero

andante por las estrellas!

BLANCA.-

Murió, al frente de su tropa  
gloriosamente, en la guerra.

Este amigo es el barbero.

¡No sabes lo bien que pela!

Lo mismo, de un estudiante  
con atusada guedeja,  
hace un rústico pastor  
de cabras... que viceversa.  
Viceversa... dando tiempo  
a que el cabello le crezca.

MALVAV.-

BERNAR.-

(Que, desde la entrada de Don Rubí no qui-  
(ta ojo de los animales vivos y de las al-  
(forjas, cuyas fauces ojea pasando junto  
(a aquel con disimulo.

Pero dime, buen Blasillo,  
nieta de Roque y de Tecla,  
hijo de Pedro Domínguez  
o de María Manuela...

RUBI.-

¡De Pedro! (Aparte) Poquito a poco,  
voy sabiendo mi ascendencia.

BERNAR.-

¿A dónde vas con la carga  
de esa rolliza cordera,  
mas los gallinos cebados  
y las alforjas repletas?

RUBI.-

Es un presente que os manda  
mi padre.

BERNAR.-

Bueno es que sepas,  
aunque de Albarrán se nombre,  
que esa alquería no es nuestra.

RUBI.-

Para mis padres, señor,  
aunque no toméis las rentas,  
la alquería de Albarrán  
todavía albarranesa,  
que mientras ellos la labren  
y yo cuide las ovejas,  
sólo dos años tendremos:

Don Bernardo y Doña Estrella.

(Volviéndose a Do-  
ña Blanca.

Para serviros, señora,

en cuanto serviros pueda,

no hais menester de heredades,

que os basta con otras prendas.

BLANCA.-

¡Por Dios!...

BERNAR.-

¿Allá los pastores

leísteis "La Galatea"?

RUBI.-

No olvidéis que era mi abuelo  
declamador de consejas.

MALVA.-

¡Venga la volatería!

¡Apéate esa borrega!

Que lo demás son discursos  
y, a fé mía, no aprovechan.

(Le ayuda a descargar y luego se hace  
cargo de la cordera.)

BERNAR.-

¡Vive Dios, que siempre dije,  
mas que tú no me lo creas,  
que el milagro de los panes  
y los peces se renueva,  
y que el sol promete albas  
cuando pálido se acuesta!

BLANCA.-

(Acercándose a Don Rubí para hacerse car-  
go de las alforjas y aparte.)

¡Idos presto, no os conozca!

RUBI.-

¡Retrasadme esa condena!

BERNAR.-

¿Qué me importa de un Felipe,  
con su cetro impío y déspota,  
la terrible ingratitud  
que me trujo a esta pobreza,  
si el amor de mis renteros  
fuerte y vivo se conserva?  
Soy más grande al recibir  
tal presente que sus cédulas,  
porque dél serían paga,  
pero en ellos es ofrenda.

BLANCA.-

Las alforjas ¡qué cumplidas!

BERNAR.-

Vea, sobrina, que las vea.

MALVAV.-

¿Y la barba, Don Bernardo?

BERNAR.-

¡Al diantre con tus tijeras!

MALVAV.-

Vuélvome a la barbería.

Subiré a la hora de tercia.

BLANCA.-

Y de camino, dejad

en el huerto a la cordera.

MALVA.-(A D. Rubí) Blasillo, Dios te prospere  
en todo cuanto desees.

(Vase Malvavisco, por la escalera, lle-  
(vándose la res.

RUBI.- Vácielas vueseñoría.

BLANCA.- Dos quesos de nata fresca.

BERNAR.- ¡Blancos y tiernos los traes!

RUBI.- Como manos de doncella.

BLANCA.- Tres hogazas.

BERNAR.- ¿Pan también?

RUBI.- Las hogazas no son tiernas.

De tres días que he tardado  
en andar las quince leguas.

BERNAR.- Pues parecen recientitas  
porque crujen las cortezas.

RUBI.- Nuestra harina es flor de trigo,  
para dientes como perlas.

(Todas las metáforas de Don Rubí se su-

(brayan con miradas a Doña Blanca en sus  
(aludidas partes.

BLANCA.-

¿Y esta orcica?

RUBI.-

Miel... de octubre.

que castramos las colmenas.

¡No es tan dulce como el rayo  
de cualquier mirada vuestra!

BERNAR.-

¡Pardiez con el zagalico!

BLANCA.-

Esto... le viene de herencia.

BERNAR.-

Pero le dá de ventaja  
a su abuelo cien finezas.

RUBI.-

¿Os enoja mi presente?

BERNAR.-

¡Calla, mozo! Si en mi mesa  
no se han visto ha largos días  
provisiones tan selectas.

BLANCA.-

¡Y un pernil!

BERNAR.-

¡Dácame agora  
metáfora de esa pieza!

RUBI.-

Un pernil es el brazuelo

cecinado de una bestia;  
pero un brazuelo es el ala,  
con alas el ángel vuela  
y de ángeles a mujeres  
¡hay tan corta diferencia...!

BERNAR.-

¡Bien dijo el Santo Doctor  
que no existe bestezuela  
por donde nose descubra  
del mismo Dios la presencia!

BLANCA.-

Quedó la alforja vacía.

RUBI.-

Falta vaciar la escarcela.

BERNAR.-

¡Todavía más regalos?

RUBI.-

¡Y sin verlos Doña Estrella! (Vase por la segunda  
Recoged ese billete. (de la izquierda que  
(deja sin cerrar.

BLANCA.-

Amor mío, ¡qué imprudencia!

RUBI.-

Ya dos días que no sales  
de tu casa.

BLANCA.-

Culpa vuestra,  
que rondáis con guitarreos

y llegaron a su oreja.

RUBI.-

¡Ni asomarte a las ventanas!

BLANCA.-

¡Bien que miro por la espesa  
celosía y sólo os veo  
como sol envuelto en nieblas!

RUBI.-

Cuando sale Don Bernardo...

BLANCA.-

Es mi prima quien me cela  
y el amor de un estudiante  
le parece casi ofensa.  
¡Pero salen!

(En efecto, vuelve DON BERNARDO con DOÑA  
ESTRELLA.

BERNAR.-

Hija mía,

hélo aquí.

BLANCA.-

¿No lo recuerdas?

ESTRE.-

En su rostro, advierto rasgos  
que no son de cara nueva.  
Mas ya sabes, prima Blanca,  
que mis gustos nunca eran

BLANCA.-

convivir con los pastores  
ni triscar por las veredas.  
Voy a entrarme las viandas,  
poco a poco, a la despensa.

(Llévase por la primera de la izquierda  
(buena parte de los regalos, empezando  
por las gallinas.

BERNAR.-

¡Bien, Blasillo! ¿Cuántos días  
quedarás?

RUBI.-

¡Los-que pueda!

Si a la tarde o si mañana  
de venir me dais licencia...

BERNAR.-

¡Y hasta aquí te albergaría,  
si una cámara tuviera!

RUBI.-

Eso ya... sería mucho.

ESTRE.-

Las tenemos todas llenas.

BERNAR.-

Todas llenas... ¡llenas de aire!  
Ni una manta... ni una estera!  
Pero vamos, que tendrás

la posada aquí muy cerca.

(Vuelve DOÑA BLANCA)

BLANCA.-

¿Se lo lleva, señor mío?

BERNAR.-

A albergalle... por mi cuenta.

¡Mi sombrero!

BLANCA.-

Aquí lo tiene

BERNAR.-

Y entretanto que yo vuelva,

disponed en la cocina

alguna minucia de esas.

RUBI.-

Dadme a besar vuestras manos,

mi señor.

BERNAR.-

Muchacho: ¡ténlas,

que tu beso es el presente

más fino con que me obsequias,

porque dice acatamiento,

cuando arriba me desprecian!

RUBI.- (A Doña Estrella) Pues que también os acato,

dadme, señora, las vuestras.

Y, por fin, a mi señora  
Doña Blanca...

BLANCA.- (Aparte)

¡Cómo aprieta!

RUBI.-

Este beso dice... amor  
y los otros reverencia.

BERNAR.-

Llevárete a una posada  
principal, en donde vean  
que, maltrecho, todavía  
buenos criados me quedan.  
Si te cobran, tú les pagas,  
que ya ajustaremos cuentas.

RUBI.-

¡A los pies de las señoras!  
Doña Blanca... Doña Estrella...

ESTRELLA.-

De cumplido es importuno.

BLANCA.-

¡Alma y vida se me lleva! (Vanse por la escalera  
Doña Estrella y D. Rubí.)

ESTRELLA.-

¿Alma y vida dijiste,  
prima Blanca, entre labios?

BLANCA.-

Alma, sí... Que el pastor  
alma tiene...

ESTRELLA.-

¡De cántaro!

BLANCA.-

¡No! De asceta, de místico,  
de filósofo rancio.

ESTRE.-

¿Ese? (Riyéndose)

BLANCA.-

Todos. ¡Si vieras  
cómo leen en los astros!  
Y su vida, -la vida  
era el otro vocablo,-  
¡qué serena, qué dura  
y qué triste!

ESTRE.-

La cambio.

BLANCA.-

En el fondo, te ríes.  
¡Cómo tú no has andado  
por las breñas con ellos...!

ESTRE.-

Los he visto a lo largo.  
Parecieronme siempre...  
paseantes del campo  
y más veces los ví

BLANCA.-

que corriendo, sentados.  
Tú no viste al pastor,  
desde el orto al ocaso,  
caminar con el paso  
de su grey a rigor.  
Le verías acaso  
muchas horas sedente  
sobre un sitio en la linde  
o al frescor de una fuente,  
y pensaste: -¡Se rinde  
de cansancio esta gente!-  
Tú no sabes que el pobre  
¡cuántas veces satura  
sed y afán de frescura  
en el agua salobre  
de una ciénaga impura!  
Tú no miras que, yerto  
por las noches, se duerme  
con un ojo entreabierto:

que el redil no es inerme  
si el pastor no es despierto.  
Y tú ignoras que, aislado  
y en la paz del alcor,  
rumia acaso el dolor  
lacerante y callado  
de su vida interior..  
Con su grey, yace o anda;  
ni la escarcha le arredra,  
ni el bóchorno le ablanda.  
Si una res se desmanda,  
él arroja una piedra:  
una piedra que cae  
a su lado, no encima;  
que la asusta, la arrima,  
la reduce, la atrae,  
¡pero no la lastíma!  
Cuando el lobo amenaza  
y el rebaño lo advierte,

junto a él se apelmaza  
con angustias de muerte.  
Y el pastor, con la traza  
de un viril caballero,  
se enardece, se crece  
y, sin cota ni acero,  
mata al lobo... ¡o perece  
por salvar a un cordero!  
Porque él brega y se afana,  
mucha gente reposa  
y es la carne más sana  
y es la nata sabrosa  
y es tupida la lana.  
¡Ah, yo sé, que, al mirar  
muchos días del año  
al pastor meditar  
en el dulce abrigo  
de un fragante pinar,

otros hombres se quitan  
el sudor de su frente  
con la mano, se irritan  
e iracundos, le gritan:  
-"¡Eh, señor, no se siente!

¿No nos ve con la azada  
reventar los terrones,  
o la frente inclinada  
tras la yunta, o cargada  
la cerviz de tocones?"-  
El pastor no contesta...

Vuelve el rostro, y el llanto  
se lo curte y apresta,  
porque sabe que es fiesta  
en la villa el disanto;  
que esos hombres, de fijo,  
a la feria ruidosa,  
con caudal regocijo,

Llevarán a la esposa  
y en sus brazos al hijo.  
Libarán vino y miel,  
danzarán, si les place,  
con tambor y rabel,  
¡sentirán que les nace  
en el alma un clavel!  
El pastor, solitario  
en sus breñas serranas,  
del holgorio, tan vario,  
sólo oirá las campanas  
del rural campanario.  
Y, al finar los festejos,  
puede ser que columbre  
por la noche, a lo lejos,  
los rojizos reflejos  
de las ruedas de lumbre,  
recostado en la cuna

de sus verdes alfombras  
y, por rara fortuna,  
¡guardando en las sombras  
que le bese la luna!

ESTRE.-

Diríase al escucharte  
esas, yo no sé si justas,  
alabanzas del pastor,  
que por un pastor caducas.

(Poniéndose a recoger el resto de los  
presentes en un cesto que ha sacado.)

BLANCA.-

Por eso mismo que trujo  
todas estas minucias.

ESTRE.-

¿Es un antiguo rebrote?  
¿Una pestilencia súbita?

BLANCA.-

Es un disfraz; que el pastor  
a un lindo estudiante oculta.

ESTRELLA.-

¡Prima Blanca!

BLANCA.-

No te enojés,  
pues que confieso la culpa.

ESTRE.-

Pero ¿estás arrepentida?

BLANCA.-

De que se entrara, sin duda.

¡Y he de impedirle que vuelva!

ESTRE.-

¿Y de que te adore?

BLANCA.-

¡Nunca!

Amor es loco y discreto.

Y obra de nuestra conducta

es que sólo desemboque

en discreción o en locura.

Fuese estudiante o pastor,

escribano o rompetumbas.

¡Don Rubí de Bracamonte

es el faro que me alumbra!

ESTRE.-

¡Con qué súbito embeleso

te infectó la calentura!

BLANCA.-

¿No florece en una noche

la espiguilla de la juncia?

¿No se forja la centella

cuando apenas si se nubla?  
Y, del choque de agua o roca,  
¿no es razón que brote espuma?

ESTRELLA.-

Prima Blanca, los perfumes  
de esa espiga poco duran;  
el fulgor de la centella,  
cuando luce, ya se espuma,  
y las raras espumosas  
del arroyo son burbujas.

BLANCA.-

Tú no sabes, prima Estrella,  
del amor. Cuando lo sufres,  
¿sabe Dios a qué extremadas  
situaciones te conduzca!

ESTRELLA.-

Es de tí de quien hablamos.  
¿De curarte!

BLANCA.-

¿Vana lucha,  
porque aquesta enfermedad  
no la cura sino el curó!

(Mutis por la primera de la izquierda)

ESTRE.-

¡No sabes, criatura,  
del amor! - ¡Es verdad!

(Vase hacia el balcón, despacio, y al  
llegar a la altura del desembarque de  
la escalera, preséntase DON JUAN con  
traje y banda de capitán de tercio.

¿Quién sois? (Retrocediendo)

JUAN.-

No una visión de calentura.

Señora: que me anuncie dispensad.

Soy Don Juan de Florencia, un caballero  
que besa vuestros pies. Hallé la puerta  
por descuido quizás, franca y abierta  
y, a falta de criado o recadero,  
que os pidiera permiso,

ante vos me prosterne de improviso. (Dobla una rodilla

ESTRE.-

Si vuelve don Bernardo, seréis muerto. (ante ella.

JUAN.-

Muerto debo de ser, pues que despierto  
y amanezco en la luz del paraíso.

ESTRE.- Don Juan, bien lo conozco: sois la audacia  
que todos los escollos atropella.

JUAN.- Yo os hago la justicia, Doña Estrella,  
de confiar en que seréis la gracia.

ESTRE.- ¿A quién buscáis?

JUAN.- A vos.

ESTRE.- ¿Quién os envía?

JUAN.- Amor a vuestras plantas me conduce.

ESTRE.- ¿Cuándo me visteis?

JUAN.- ¡Nunca!

ESTRE.- ¿Amor os guía  
y en mi propia mansión os introduce  
sin conocerme?

JUAN.- Como el alma fía  
en la gloria futura, cuando luce,  
la llama de la fe. Yo os conocía,  
sin veros, por la fama;  
que érais hermosa y virtuosa dama

lo sabe la ciudad; con bellos nombres  
os mientan sus fogosos pareceres  
y os medra el ansia verde de los hombres  
cuanto la envidia azul de las mujeres.

ESTRE.-

Alzaos, que de hinojos  
solo debéis postrares  
ante Dios.

JUAN.- (Alzándose)

¡Ojos claros,  
dulces y bellos ojos:  
cuánto mejor así podré miraros!  
No vuestras niñas, que en la nieve juegan  
entre espadañas de oro, me enamoran  
porque al mandar imploran  
y mandan cuando ruegan.  
¡Me enamoraron al saber que lloran!  
La intrépida mirada  
no pudo penetrar la celosía  
que os guarda prisionera.

Vuestra pena acerada,  
al través de la fuerte sillería  
de ese muro, logró filtrarse afuera  
y vino a concertarse con la mía.

ESTRE.- ¡Caballero Don Juan!..!

JUAN.- ¿Os incomodo?

ESTRE.- Temblando estoy por si mi padre torna.

JUAN.- A hablarle vengo y a jugarlo todo  
al naipe de este amor.

ESTRELLA.- ¿No os abochorna?  
entraros de ese modo en campo ajeno?

JUAN.- Para triunfar, cualquier camino es bueno.

ESTRE.- ¿Qué victoria esperáis?

JUAN.- Vuestra victoria  
procuro, no la mía. Yo rendido  
me entrego sin luchar; quiero la gloria  
del mártir, del vencido  
por el dolor, mejor que la ilusoria

apoteosis del tirano, erguido  
sobre la multitud propiciatoria.  
Vos, señora, sufrís el triste encierro  
de la grandeza hundida  
bajo losas de hierro,  
mereciendo gozar radiante vida:  
Yo soy grande en riqueza,  
venturoso en fortuna...  
¡Triste en amor!... El alma tengo ayuna  
de la dicha, que empieza  
a sonreirme cuando a vos os miro.  
Sería triunfo cierto  
que os dore en bienestar vuestro retiro  
y vos abráis las rosas de mi huerto  
con un soplo de beso o de suspiro.

ESTRE.-

(Azorada por el vuelo audaz del aventurero  
(alcaudón.

¡Callad! callad! Caudales de torrente

volcáis sobre la estepa sitibunda.

Como vive olvidada de la fuente,

¡ved qué presto se inunda!        (Llora)

JUAN.-

(Acercándose a sostenerla)

¡Señora!...

ESTRE.-

¡Atrás!        (Desasiéndose)

JUAN.-

El llanto es vuestro hechizo.

Sólo porque lloráis me alucinásteis.

(Volviéndola a asir y besándola apasionadamente. Ella resiste con un sordo va-  
gido de protesta que no se atreve a conver-  
tirse en grito, lo cual prolonga la osa-  
da caricia de Don Juan. Cuando se des-  
prende Doña Estrella de sus brazos, es  
presa de un complejo de hollado orgullo  
(y sensualidad descubierta, con lo que  
viene a sentarse en elsillón.

ESTRE.-

Me ofendisteis, Don Juan... ¡y me embriagásteis!

JUAN.-

¡Alivie, pues, la ofensa el bebedizo!

ESTRE.-

Salid... El tiempo vuela...

Mi padre volverá... Pensad que, cuando

nos halle conversando,  
no pecará de astuto si recela.

JUAN.- Pues que a vos os apura...

ESTRE.- ¿Vos no teméis?

JUAN.- ¿Qué teme quien camina

por la senda segura,  
y una intención honrada le ilumina?

ESTRE.- Mi prima está en la casa...

JUAN.- ¡En la cocina!

Todo lo sabe la ciudad, señora.

ESTRE.- Es ligera, habladora...

JUAN.- Y no me mira bien. ¡Os tiene envidia!

ESTRE.- Guardémonos, Don Juan, de su perfidia.

¡Pasos en la escalera!

¡Perdida estoy! ¡Mi padre Don Bernardo!

JUAN.- ¡Callad! ¡Senteos! Suba cuando quiera.

Ved la serenidad con que le aguardo.

(Llega DON BERNARDO)

BERNAR.- ¿Un hombre aquí?

JUAN.- Señor...

BERNAR.- (Avanzando, con iracundo ánimo, hacia  
(el sillón que ocupa su hija.

De mi sobrina,  
industria y liviandad.

(Al ver que se levanta su hija, cuando  
(él llega a su lado.

¡Es Doña Estrella!

JUAN.- Mi visita, -cualquiera lo adivina,-  
es por vos, coronel, y no por ella.

BERNAR.- No había reparado en vuestra banda,  
las calzas a la esguízara, el sombrero  
de faldas luengas, el jubón de cuero  
con valona de holanda...

JUAN.- Y el borceguí apuntado  
con la dorada espuela  
y el tahalí en el costado  
y la cédula real en mi escarcela.

BERNAR.- Mas no traáis espada.

JUAN.- De eso vamos a hablar los dos agora.

BERNAR.- Sentémonos.

(Doña Estrella toma la silla de la izquierda para ofrecérsela a Don Juan; pero éste se adelanta a coger la que está detrás de la mesa.)

JUAN.- ¡Señora!...

BERNAR.- ¡En esa no, que está desvenijada!

(Doña Estrella ha pasado a la derecha del sillón la silla que tomó, a la que se vuelve Don Juan. La dama se retira a una discreta distancia a la derecha. Sale por la izquierda DOÑA BLANCA que, en sucesivas idas y venidas, saca mantel, platos, y cubiertos con los que va poniendo la mesa.)

JUAN.- Los negocios de España no caminan en Flandes como en tiempos anteriores.

BERNAR.- ¡Culpa de los monarcas que confinan en oscuro rincón a los mejores!

JUAN.- Allá iremos...

BERN.- (Triste) Yo, no; que participe  
en esa empresa el rey me lo negó.

(Exaltado) ¡Ya me dirá mañana Don Felipe  
si tuvo allá soldados como yo!

JUAN.- ¿La ambición os acucia?

BERNAR.- ¡El patriotismo!  
Jamás pedí ni he recibido nada.

JUAN.- Pues, si vos no acudís, será lo mismo  
que, en vuestro nombre, asista vuestra espada.

BERNAR.- (Poniéndose de pie asombrado)  
¿Mi espada?...

JUAN.- ¡Vuestro acero!

BERNAR.- ¿El arma sola?

JUAN.- ¿Sola decís? ¡En mi potente mano,  
con virtud de reliquia y la aureola  
de invicta por ser vuestra!

D<sup>a</sup> BLANCA.-

(En uno de sus mutis, alterada por la  
(burla.

¡Es un villano!

BERNAR.- Pero, ¿sabéis qué vale, caballero,  
la espada de Bernardo de Albarrán?

ESTRE.- ¿Mas la vende?

BERNAR.- ¡Yo hago lo que quiero  
con lo mío! Tasadla, capitán.

ESTRE.- Sufrirlo me consume.

JUAN.- No se aflija,  
mimseñora, y el trato aquí se acabe.

BERNAR.- No escuchad a mi hija,  
que ella, ¡pobre!, no sabe  
cuánto valor alcanzará en mi mano  
cualquier otro florete parmesano.

(Desenvainando el arma que entrega a Don  
Juan.)

¡Tasadla, capitán!

BLANCA.- (Ap.) ¡Triste remedo!

JUAN.- Acero vizcaíno, ... temple y cuño

de Alonso de Sahagún el de Toledo;-

gavilanes lazados en el puño...

Vos mismo, si queréis, ponedle tasa.

BERNAR.-

(Después de dudar, por la exorbitancia  
(de su aspiración, dice con mucha y for-  
(zada energía.

¡Mil escudos!

ESTRE.- (Corrida)

¡Por Dios!...

JUAN.-

¡Su justo precio!

BLANCA.- (A Don Bernardo)

Con esta abdicación, salváis la casa,  
pero os deshonraréis.

(A Don Juan)

Traedla, necio!

(Arrebatándole la espada de la mano)

ESTRE.-

¡Mucho aprecio, Don Juan, le dais acaso!

JUAN.- (A ella, casi aparte)

Es por el mucho amor con que la baso!

(Desde este momento, Doña Estrella acepta la si-  
(tuación como promesa de mayores bienes; Doña

(Blanca la repele por un instintivo pudor  
(y Don Bernardo, enardecido por las pala-  
(bras de la sobrina, se zambulle en las  
(más elevadas regiones de su insensatez.

BLANCA.-

Esta espada, por sí, no vale un bledo.  
No se engendró su acero en Peña Udala  
ni se templó en el Tajo de Toledo.  
mas es de un caballero brazo y ala.  
Vale, porque ceñida en su costado  
publica la preclara ejecutoria  
de un nombre bienfamado,  
que en su limpio blasón cifra su gloria.  
Vale, porque la lleva quién la ciñe,  
signo de autoridad y de respeto,  
y es tan digna de honor, que cuando riñe,  
colgada sobre el ante del colete.

BERNAR.- (Paciente)

Y en campaña...

BLANCA.-

Y en guerra, ¡qué valdría  
si el brazo no empalmaba con el hombro,  
y el hombro con el pecho, y no latía  
en él un corazón, que fuera asombro  
de prez y valentía!

Si, en efecto, Don Juan, vais a campaña  
a combatir por el honor de España;  
si acero no tenéis aparcibido  
como éste, que es ilustre por honrado.  
ceñidlo enhorabuena regalado,  
¡porque nunca en mi tierra se ha vendido  
espada de soldado!

(La arroja a los pies de don Juan. Don  
Bernardo, grotesco, se apresura a re-  
cogerla.)

BERNAR.-

¡No! ¡Gratis, no!

BLANCA.-

¡Peregrina locura;  
que solamente el hambre resucita  
la lucidez de su razón oscura!

(Vase de nuevo, afligida)

BERNAR.-

Habéis podido ahorreros la visita.

JUAN.-

Perdonadme, señor.

BERNAR.-

Me honró en extremo,  
pues no todos los días se han llegado  
a casa visitantes y me temo  
que seáis el postremo,  
según está el salón desmantelado.

JUAN.-

Cuando torne de Flandes,  
a esta casa vendré con ufanía,  
porque es en la ciudad de las más grandes.

BERNAR.-

Cuando volváis, señor... no será mía.

(Don Juan saluda a Don Bernardo y a Do-  
ña Estrella, con sendas inclinaciones  
(y parte hacia la escalera, en cuyo bor-  
de le detiene la voz de Don Bernardo.

¡Capitán! Capitán... En vuestra empresa,  
no debo estar ausente, lo comprendo.  
Tomad: ¡mi espada es esa!

(Se la entrega desnuda y luego se des-  
cibe el cinto con el tahalí y la vaina.)

Os la entrego, de gracia. ¡Esto es distinto,  
capitán!... Pero os vendo  
el tahalí con la vaina y con el cinto.

JUAN.-

(Toma estas prendas y, a su vez, extrae  
de su escarcela un bolso; asintiendo.)

Los aceros desnudos  
sólo sirven en altas ocasiones.

(Le entrega el bolso)

BERNAR.-

¿Qué me dáis?

JUAN.-

En doblones

de a cuatro, mil escudos.

(Don Bernardo se queda petrificado de  
émoción.)

ESTRE.- (Ap) ¡Es por mi amor!

JUAN.- (Marchándose)

¡Adiós, quedad!

BERNARDO.- (Después de un silencio)

Comprende,

hija mía, qué triste me desprendo

de mi joya mayor; cuánto me ofende  
en el orgullo, que la espada vendo,  
aunque él y yo con cándido eufemismo  
doramos este vil materialismo.

(Doña Blanca vuelve a aparecer con una  
cazuela humeante en la mano. Quédase  
en el dintel parada.)

ESTRE.-

Padre: ¿por qué lo hiciste?

BERNAR.-

Por no vernos lanzados a la calle.

Don Jacobo no espera, tú lo oíste.

¡Hoy me reiré en sus barbas al pagalle!

-":Mira, rufián! ¡Acrece tu tesoro  
de usurero; coseche de secano!

Yo, nuevo Midas, corto con mi mano  
laureles mustios y se vuelven oro!"

(Arroja la bolsa al suelo lejos de él)

ESTRE.-

Mas el oro pasó; ráfaga, gozo  
de un instante.

BERNAR.-

¡La casa es tuya!

ESTRE.-

Si.

Mari Zahia lo dijo: desde el pozo,  
allá en lo alto, los luceros ví.

BERNAR.-

¡Es verdad! Sin dinero, sin la espada  
que era, a la postre, signo de esplendor  
como testigo de mi edad dorada.  
¿qué nos queda, hija mía?

ESTRE.-

¡Nada!

BERNAR.-

¡Nada!

BLANCA.-

¡La ofrenda del pastor!

(Y pone en la mesa la vianda, mientras  
(cae el TELON.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

CARMEN MORENO  
Copista Teatral  
NOBIA, 26, 1.º B  
TEL. 77488  
MADRID

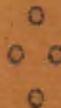
FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

" L O S P Á J A R O S "

---

ACTO TERCERO.

---



3ª copia.

" L O S P Á J A R O S "

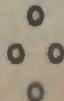
---

---

ACTO TERCERO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



## A C T O T E R C E R O

---

Escena dividida y comunicada por una puerta, en el primer término de la divisoria. La parte de la derecha es la cámara de Doña Estrella, única pieza de la mansión que conserva el tono digno de los Albarrañes. El lecho colgado que ocupa el rincón de la derecha, el hermoso bargueño que se apoya en el tabique divisorio sobre un roble de pie labrado, el candelabro que sostiene las velas que lucen sobre el café tablero del mueble para servir de escritorio, el sillón de vaqueta que aquel tiene delante, el lavabo de buena loza que ocupa el rincón de la izquierda, separado de la cama por una ventana, -ya conocida nuestra por el exterior, en el acto primero,- son piezas de buen tono que contempla la arquilla tallada que hay debajo de la ventana susodicha. Además de la puerta comunicativa del departamento con el contiguo de que ahora hablaremos, hay otra salida en el primer tér-

mino de la derecha. Por contraste, la alcoba de Doña Blanca, en el lado izquierdo, es ruin y humilde en sumo grado, aunque tan limpia como bien ordenada. Su fondo es como la mitad del otro departamento. Su anchura, proporcionadamente menor. El lecho, montado sobre dos banquillos con tablas, consta de un jergón limpiamente ensabonado con una colcha de palmilla azul.. Sobre los pies de la cama, ábrese una ventana en el lateral izquierdo. En el fondo, junto a la cabecera, hay una puertecilla. En el rincón derecho, una arqueta de pino y, sobre ella, un aguamanil tosco. Una silla o banquillo apoyado en el tabique divisorio. Un espejito colgado encima. Y una capuchina de aceite, para alumbrar al cuchitril, en una pequeña repisa. Suerte que, al abrir la ventana, entra la luna.

=====

(DOÑA ESTRELLA aparece en su cámara vestida con su traje rico. Frente al espejo que hay encima del lavabo, retócase (el peinado con esmero.

(DOÑA BLANCA, en jubón y faldellín, también se ayuda del espejito de su alcoba (para trenzar sus cabellos antes de dormir.

BLANCA.-

¡Claro espejo dá la fuente  
que no mi vidrio azogado!  
Cuanto más en él me miro  
más diferente me hallo.  
Si no eres lago ni arroyo,  
¿por qué al sentirte mirado,  
ginges aguas, que me enturbian  
las facciones y los rasgos?  
Cuando miro a Don Rubí,  
él se siente espejo claro,  
y los rayos de mis ojos  
me los devuelve en sus labios.  
Al decir del estudiante  
es mi frente lindo nardo;  
mis pupilas son zafiros  
de azabaches engastados;  
mis mejillas, rosa en nieve  
florecida por milagro

y mis dientes, almendricas  
entre rubies granados.

¡Ay que te miro y no veo,  
espejo mío del diablo,  
ni las flores ni las gemas  
que viere mi enamorado!

Si él mintiera, tú debías  
mantenerme en el engaño  
y, si él dice la verdad,  
¿por qué mientes tú, bellaco?

¡Ah! ¡Me burlo de tus aguas!

¡Ya no te miro, por malo!

¡Bien hizo aquél que dispuso  
que vivas siempre colgado!

¿Con quién hablas, prima mía?

Con mi espejo.

¡Amigo caro!

Este no es amigo mío...

ESTRELLA.-

BLANCA.-

ESTRELLA.-

BLANCA.-

sin duda, porque es barato.

(Pasa a la cámara de Doña Estrella)

¡Hola! Vestida de Corte.

¿Vas al baile por acaso?

ESTRELLA.-

Quise ver cómo me cae,

después de los cinco años,

este traje de señora

que tuve tan olvidado.

BLANCA.-

¡Oh! Te sienta a maravilla,

porque tu cuerpo es bizarro.

ESTRELLA.-

No fuese rica la tela,

con su adorno aljofarado,

y a fe que te pareciera

máscara de espantapájaros.

BLANCA.-

No, prima mía. La nieve

que es pura flor de lo blanco,

parece lienzo de sábana

sobre la arena del páramo

y en los hombros de la sierra  
es armiño de su manto.

ESTRE.-

¿Y el peinado? ¿No te gusta?

BLANCA.-

Por Dios que es lindo tocado;  
mas temo, no me reprendas  
si hago juicio temerario,  
que tocado, en nuestro idioma,  
quiere decir insensato.

¿Por qué te tocaste, prima,  
con tanto esmero y cuidado?

¿Para dormir? Es bobada.

ESTRE.-

¡Para soñar!

BLANCA.-

Ya me callo;

aunque soñar sin dormir  
es desvelo asaz ingrato.

ESTRE.-

¿Tú no vuelas, con las alas  
del pensamiento, a lo alto?

BLANCA.-

No, prima mía, no trisco

más que a trocitos y a saltos,  
sin remontarse a las nubes.

ESTRE.-

Y ¿por qué?

BLANCA.-

¡Por si me caigo!

ESTRE.-

Y ¿en qué distraer las horas  
puede un malvis enjaulado  
mejor que en sentirse cóndor,  
aunque sea imaginando?

BLANCA.-

Si el despertar no es dolor,  
sueñe en hora buena el pájaro,  
pero no frecuente rosas  
por si le amenazan dardos.

ESTRELLA.-

Esta noche, prima Blanca,  
sentí el golpe en el ventano;  
me asomé, no había nadie  
en la plaza por debajo.

BLANCA.-

Sería la luna clara  
que daría con un rayo.

ESTRE.-

Sería el viento quizás,  
aunque hoy vuela sosegado,  
mas a mí me pareció  
un aviso sobrehumano,  
un augurio, una llamada...

BLANCA.-

¡Guárdate, por si es del diablo!

ESTRE.-

Y empecé a soñar despierta  
que un caballero encantado,  
a cuenta mi alma y cuerpo,  
venía a pedir mi mano.

BLANCA.-

¿Era hermoso?

ESTRE.-

Como un ángel.

BLANCA.-

¿Gentil?

ESTRE.-

Y más <sup>que</sup> gallardo.

BLANCA.-

¿Rico?

ESTRE.-

Noble y poderoso.

BLANCA.-

¿Galán?

ESTRE.-

¡Rendido y bizarro!

BLANCA.-

¡Siempre la imaginación  
los fabrica así de guapos!

ESTRE.-

Pensé que, acaso algún día,  
pueda verme enb trance análogo  
y a semejante suceso  
quise preparar el ánimo.

BLANCA.-

Que 'así le llamas al traje  
y al afeitte y al peinado.

ESTRE.-

Y aquí me tienes urdiendo  
pensamientos, ensayando  
actitudes y remilgos,  
y melindres y vocablos,  
porque hasta todo el discurso  
tengo sabido y pensado.

BLANCA.-

¡Válgame Dios, qué prodigios  
hacen las noches de Mayo!

ESTRE.-

Pensé que él me aguardaría  
en un lugar recatado

y que yo...

BLANCA.-

Con la anuencia  
de tu padre Don Bernardo...

ESTRE.-

¿Quieres creer, prima Blanca,  
que se me había olvidado?  
Es verdad... ¡Qué ingratas somos  
las hijas cuando soñamos!  
Mi padre... es verdad.

BLANCA.-

¡Albricias,  
porque ya te has despertado!

ESTRE.-

¡Era tan bonito, hermana!

BLANCA.-

¡Hermana! ¡Mi hermana!

(Bañada por toda la grandeza del título)

Vamos,

juntas las dos a prenderlo  
¡y después a rematarlo!

(Abriendo el escritorio)

Siéntate, escribe... Aquí tienes  
papel y pluma de ganso,  
que no es ala de volar,  
sino de rayar el lago.

(Estrella se sienta a escribir)

"Don Juan".

ESTRE.-

¿Don Juan?

BLANCA.-

Anda, escribe.

Si es un nombre imaginario.

"No me guardéis esta noche".

ESTRE.-

Pero ¿habías tú pensado...?

BLANCA.-

¡Escribe! Si no despachas

al caballero fantástico,

temo que toda la noche

te va a estar martirizando.

"Si me amáis, como sospecho

por lo mucho que yo os amo..."

ESTRE.-

¿Qué me dictas?

BLANCA.-

Prima Estrella:

¿qué te curas de recatos,  
si es carta sin sobrescrito,  
ni lleva destinatario?

ESTRE.-

Así lo acepto.

BLANCA.-

Después

que la firmes, la quemamos.  
"Venid mañana..." ¿A qué hora?  
"Mejor cuanto más temprano.  
¡Por la puerta principal!  
Y decid a Don Bernardo..."  
Perdona, que dicto el vuelo  
y tú escribes rastreando.

(Han empezado a sonar guitarras por el  
fondo de la izquierda.

¿No escuchas? ¡Si son guitarras!

(Corre a su alcoba y abre la ventana,  
arrodillándose para ello en la cama.

ESTRE.-

¡Y se olvidó del dictado!  
No es lo mismo predicar...

BLANCA.-

¡Bien tane el bracamontano!

(Cantan dentro, mientras Doña Blanca lleva el compás con la cabeza, que le ilumina el claro de luna, y Doña Estrella escribe.)

VOZ INTERIOR.-

"Blanca estrella, estrella blanca,  
lucero de mi cielo:  
no me voy a Salamanca  
sin un rizo de tu pelo."

BLANCA.- (Retirándose) ¿Oyes, prima?

ESTRE.-

Fué por tí.

BLANCA.-

¡Sabe Dios quién sea ella!

ESTRE.-

"Blanca" escuché o entendí.

BLANCA.-

Pero también dijo "estrella".  
Encuentro bastante oscura  
la intención del poetastro.

¿Ponderaba en tí la albura?

¿Comparóme con un astro?

ESTRE.-

¿Quién cantó?

BLANCA.-

Por el cantar

no se devana el ovillo,

porque suelen alquilar

para el trance a un monacillo.

¡Oigo pasos! ¡Alguien sube!

ESTRE.-

¿Pasos?

BLANCA.-

¿No los oyes? Pero...

Apéate de la nube:

¡no son de tu caballero!

(Cierra la puerta de comunicación y apresuradamente se descalza y se mete en el lecho, fingiendo dormir. Doña Estrella oculta el billete y toma en las manos un libro de horas. Entra por el foro DON BERNARDO.)

BERNAR.-

¡Bravo! La ventana abierta.

¡Doña Blanca! ¡Doña Blanca!!

- BLANCA.- ¿Estáis dormida o despierta?  
Dormida como una muerta.
- BERNAR.- Veo que al menos sois franca.
- BLANCA.- (Sentándose en la cama)  
¿Pues no me habéis despertado?
- BERNAR.- Pudo ser, aunque sospecho  
que el cantarillo ha volado  
a vuestro oído derecho.
- BLANCA.- Y al otro. ¿Lo habís escuchado?  
Yo también, pero pensaba  
que era sueño o pesadilla.
- BERNAR.- ¿Eso decís?
- BLANCA.- ¿Quién cantaba?
- BERNAR.- Señora, me maravilla  
tal disimulo. ¿No hablaba  
de vos la infame coplilla?  
"Blanca estrella, estrella blanca,  
lucero de mi cielo:

no me iré de Salamanca  
sin un rizo de tu pelo".

BLANCA.- A mí no me afecta el caso.  
Ese astrólogo tontizo  
no puede aspirar a un rizo  
de mi pelo, flojo o laso,  
como no sea postizo.

BERNAR.- Entonces, ¿he de pensar  
que esa Blanca...?

BLANCA.- O esa Estrella...

BERNAR.- ¿Mi hija? No, que el cantar  
no sonó debajo de ella,  
sino al pie de esa ventana...  
¡abierta de par en par!

BLANCA.- No penséis cosa liviana:  
¡porque el sol de la mañana  
me convide a medrugar!

BERNAR.- Cerradla, pues, por si suena

de nuevo la serenata.

BLANCA.-

(Cierra la ventana)

¡Entra un aroma tan buena  
cuando se desliza en plata  
la faz de la luna llena!

(Levántase y se calza las chinelas)

BERNAR.-

No os confiéis en la luna  
que, en noches de campamento,  
le consulté mi fortuna  
y ya véis a qué tormento  
me condujo la muy tuna.  
¿Durmiose Estrella?

BLANCA.-

Quizás.

No, que hay luces en su alcoba. (Abre la puerta)

¿Hasta cuando velarás,  
prima mía? ¿Y dónde vas  
con vestimenta de boda?

ESTRELLA.-

¡Padre!... (Confusa)

BERNAR.-

¡Magnífico porte!

ESTRE.-

Para soñar me lo puse,  
en un lírico transporte,  
que acaso un día lo use  
de tu brazo y en la Corte.

BERNAR.-

¿Hay planta como la suya,  
salvo el cedro o la palmera,  
ni beldad que sustituya  
a mi Estrella, sin que haya  
frente a su gracia hechicera?  
¿Por qué el laurel que he cortado  
en mil campos de combate,  
se inclina, dobla y abate,  
frente al oropel pintado  
de un ambicioso petate?  
¿Por qué la intriga es victoria  
y el sacrificio deber?  
¿Por qué la humana memoria

disoierne honor y poder  
y da el mando al bachiller  
de relamida oratoria,  
mientras al héros la gloria  
de ayunar y obedecer?  
¡A Dios en justicia apelo,  
por ser monopolio de ella,  
y así corone mi anhelo  
de ver a tan clara Estrella  
prendida en el alto Cielo!  
¡Así sea!

BLANCA.-

BERNARD.-

Pues mi espada  
valió mil escudos de oro,  
¿no habrá por ventura un hada  
que tase como un tesoro  
cada venera ganada?  
Considera que el acero,  
en manos de un caballero

BLANCA.-



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

que lo esgrima con honor,  
es tesoro verdadero  
¡y hasta prenda de valor  
en vitrina de espadero!  
Mas la venera, ganada  
por la osadía de un hombre,  
es una cinta apuntada  
que, si del osado el nombre  
se borra, no vale nada.  
No me estorbes el recreo  
de la vista. Vete tú  
con ese aliño tan feo.

BERNAR.-

(Doña Blanca se sale del aposento pero  
quedó junto a la puerta.)

¡Me parece que me veo  
en mi casa del Perú!  
Aquí el lecho con dosel:

aquí el bergueño labrado;  
aquí el frailerero de piel;  
el espaldar repujado  
con cifras de coronel;  
tu libro de horas miniado  
por el mágico pánxel  
de un misionero mitrado...  
¡Sólo falta, aquí sentado,  
nuestro valiente doncel!  
¡Y mi madre!

ESTRE.-

BERNAR.-

Prendas caras  
que la implacable tormenta  
se llevó a regiones claras.  
¡Acepto el dolor, en aras  
de que no vieron mi afrenta!  
Venid, sobrina.

BLANCA.- (Entrando)

Aquí estoy  
hecha un vasar de pucheros;

mas ora albricias os doy,  
si esplendores peruleros  
alivian miserias de hoy.

BERNAR.-

Quiero idear...

BLANCA.-

¡Mala cosa!

¡Y es achaque de familia!

ESTRE.-

¡Tú sí que eres enfadosa!

BLANCA.-

Soñemos, pues, en vigilia,  
quimeras color de rosa;  
mas advierte que después  
despertaremos sin blanca,  
salvo esta Blanca que ves,  
y que estaremos los tres  
anciados en Salamanca.

BERNAR.-

Tienes sobrada razón,  
aunque no abundas en seso.

BLANCA.-

Le consulto al corazón  
que a pesar de ser travieso,

BERNAR.-

me es leal como pachón.

Dormid en paz; pero antes

haré requisa en la casa,

porque hay rondas de estudiantes. (Vase por la de-  
(recha.

BLANCA.-

(A la puerta por donde él marchó)

¡Y caballeros andantes

que son bellacos sin tasa!

ESTRE.-

Prima mía... ¿Qué licencia

te tomas para escupir

tanta oscura reticencia?

¿Qué le has querido decir

a mi padre en mi presencia

y más cuando ya salió

ajeno a tu picardía?

¿Qué caballero me amó?

BLANCA.-

Ese que tu fantasía,

encantado, fabricó.

¿Despachaste al strevido?

ESTRE.-

Comencé, pero no acierto  
a completar el sentido,  
pues me cuesta dar por muerto  
un amor que no ha nacido.

BLANCA.-

El moriré, si con maña  
lo persuades a morir,  
siéndote la culpa extraña.  
Y agora, prima, ¡a dormir!  
¡Cada pájaro, a su caña!

ESTRE.-

Buenas noches.

(Doña Blanca entra en su aposento, mientras  
vuelve DON BERNARDO por donde salió.)

BERNAR.-

Ya tranquilo

puedo acostarme en buen hora,  
que estaba el ánimo en vilo  
con tanto rondar. Señora,  
no es por vos por quien vigilo.  
Pero dame que pensar

ese alocado talante  
de tu prima, al escuchar  
de tanto alegre estudiante  
tanto atrevido cantar.

ESTRE.-

Bendécidme.

BERNAR.-

Así lo hago.

Duerme en paz. ¡Y sueña hondo,  
porque no me satisfago,  
si presto no eres, en pago  
de mi batallar abondo,  
sueña del Coto Redondo  
del Maestro de Santiago!

(La besa emocionado y pasa al otro apo-  
sento.

¿Te acostarás?

BLANCA.-

Al instante.

Como habíais de pasar...

BERNAR.-

¡Te voy a desbaratar,

si en canciones de rondante  
vuelve tu nombre a sonar!

(Vase por el fondo y cierra la puerta.  
(Doña Estrella, durante la escena que si-  
(gue, vuelve al escritorio, requiere de  
(nuevo la pluma, escribe a ratos, medita  
(el escrito, lo rompe y vuelve a empezar.  
(Alguna vez se levanta y acude a escuchar  
(en la ventana del fondo. Vuelve desenga-  
(ñada y reanuda su atormentada labor. Así  
(que don Bernardo traspone la salida, Do-  
(ña Blanca descálzase de nuevo, recoge  
(sus chinelas y, apenas se ha arrodilla-  
(do para hacer sus devociones, suenan  
(unos golpes de nudillos en la ventana  
(de su alcoba.

BLANCA.-

Pasad, que no estoy desnuda.

(Se levanta y acude a la puerta que abre)

¡Lelo está de las orejas!

Yo sí que las tengo locas.

¿Ha sido la prima Estrella?

(Abre la puerta común de ambas)

¿Qué me dice, prima mía?

ESTRE.-

Nada.

BLANCA.-

¿No diste en la puerta?

ESTRE.-

No me moví de mi asiento.

Acuéstate enhorabuena.

BLANCA.-

Hasta mañana y que Dios  
te inspire.

ESTRE.-

Prima, así sea.

(Vuelve Doña Blanca a cerrar y de nuevo  
(se oye el golpeteo de los nudillos.

BLANCA.-

Pero ¡sí es en la ventana!

(Mira hacia la derecha, recordando el  
(cuento de Doña Estrella.

Burléme del chasco de ella...

¿A que es cierto que la luna  
da con sus rayos y suena?

(Va a abrir con temerosa preocupación  
(y aparecen en el marco de la ventana,  
(bañados de luz, el rostro y el busto  
(de Don Rubí.

¡Don Rubí...!

RUBI.-

Señora mía...

BLANCA.-

¿Subisteis...?

RUBI.-

Por una apuesta.

BLANCA.-

Causa ruin.

RUBI.-

Yo porfiaba  
que amor al cielo nos lleva  
y en él me asomo, señora,  
porque amor me trujo a ciegas.

BLANCA.-

¿Volásteis?

RUBI.-

Mi voluntad  
hizo escala de una reja.

BLANCA.-

¿Os tenéis?

RUBI.-

¿Que si me tengo?  
Dobles lazos me sujetan:  
con el imán de tus ojos,  
las alas de mi quimera.

Y, si me diéssis las manos,  
¿qué martillo, lima o sierra  
quebrantaré los anillos  
de esta fundida cadena?

BLANCA.- (Dándole las manos)

Vuestra muerte, si os faltaran,  
que no pese en mi conciencia.

RUBI.-

Ni temáis que entre mis manos  
se marchiten azucenas,  
porque seré jardinero  
celoso de su pureza.

BLANCA.-

¿Por qué subisteis? ¿No rondan  
ojos que, cuando nos vean,  
el espejo de mi fama  
con malicias empañezcan?

RUBI.-

Ellos velarán por mí  
y, así que peligro adviertan  
me avisarán que me apee

porque no caigas en lenguas.  
Demás que, si fuese azor  
codicioso de tu presa,  
no convidará a neblies  
que envidiármela pudietan.

BLANCA.-

Me amáis con carino honesto  
y amoros también es fuerza.

RUBI.-

Jilguero del arrecife,  
colorín de la vereda:  
a comer mi pan casero  
pido a mi suerte que vengas.

BLANCA.-

Nido haremos de las pajas  
que tu industria nos provea  
y, en llenándolo de amor,  
tú verás si soy casera..

RUBI.-

Por llevarte espigas áureas,  
volaré toda la gleba,  
con el vivo afán alegre

- de que son para que duermas.  
BLANCA.- Y, aunque tornes de vacío  
no te tardes en la vuelta  
que, en trayéndome los brazos,  
más almohada no quisiera.
- RUBI.- ¡Ay, amor, el que se nutre  
de esperanzas y promesas!
- BLANCA.- ¡Qué distinto del que logra  
cuando apenas si desea!
- RUBI.- ¡Ay, la fruta chica y verde  
que despacio amarillea  
y después se tómasola  
y madura al fin bermeja!
- BLANCA.- (Patéticamente preocupada)  
¡Qué distinta a la comprada,  
que en la fuente se presenta,  
sin espanto de rocíos  
ni inquietud de tolveneras!

RUBI.-

BLANCA.-

Pero... dime... ¿qué meditas?

Nuestro amor quiero que sea

como viaje por jornadas

- recreándose en las ventas;

que, si andamos por llanuras,

columbremos altas sierras;

que un presente de bochornos

un ayer de brisas tenga;

que el camino por la noche

sol en alba nos prometa...

¡Y saber adónde vamos;

pero no cuando se llega!

RUBI.-

BLANCA.-

¡Ilusión para el camino!

¡Toda la ilusión despierta!

Que el ánimo desvelado

más desee que acometa;

que valore lo que alcance

por menos de lo que espera.

Y, en suma, que a nuestro amor,  
aunque hostigue la impaciencia,  
lo miremos como a niño,  
¡qué gran hombre cuando crezca!  
¡Como a fruto que hoy es flor,  
como a espiga que hoy es siembra,  
como a fe que se trasluce,  
como a cielo que se sueña!

RUBI.-

No me abrasa amor de chispa  
fugitiva de la hoguera,  
porque brota como rayo,  
pero muere así que vuela.

BLANCA.-

¡Sea oscuro pedernal  
a quien miran como piedras,  
y es al choque viva lumbre  
del eslabón que le besa!

RUBI.-

¿No escuchas? Ya me previenen.

BLANCA.-

¿Os vais...?

RUBI.-

Peligros acechan  
de que este idilio de pájaros  
se juzgue liviana escena.

BLANCA.-

¡Adiós...! Pero no os marchéis.

RUBI.-

Vuelvo si la alarma cesa.

BLANCA.-

¡Adiós!...

RUBI.-

¡Adiós, blanca luna!

BLANCA.-

¡Malhaya la luna llena!

RUBI.-

¿Un beso?

BLANCA.-

No, que es pecado...

¡Pero ya haré penitencia!

(Bósense y él desaparece luego)

¡Qué dulce angustia! ¡Qué agudo  
aguijón el de la abeja!  
+Cómo sufrirá el romero  
cuando le roben el néctar!

(Sentándose en la misma parte del le-  
cho en que estaba de hinojos.- En la

(otra parte, Doña Estrella que volvía  
(de su ventana, encárase con el canario,  
(su confidente.

ESTRELLA.-

¿Qué me miras, cautivo entre la blonda  
de tu reja; dormido en el desvelo;  
saudoso del azul de aquel tu cielo  
que encendía perfumes en tu fronda?  
¿Qué me dices callado, en esa honda  
resignación, ante el frustrado anhelo  
de hender los aires con tu libre vuelo  
por la celeste cúpula redonda?  
Tú, pajarico de las alas de oro,  
al enterrar tus esperanzas mustias,  
no me envidies un bien que no atesoro.  
Acuerda con mis ayes tus gorjeos  
porque también aspiran mis angustias  
en la oscura prisión de mis deseos.

(Doña Blanca va pasando poco a poco, del  
(éxtasis al sueño. Doña Estrella queda mi-

(rando al prisionero y, por la derecha,  
(aparece DON JUAN.

D.JUAN.- ¿Aprende Doña Estrella  
en el huesped alado de la jaula,  
como en viviente sula,  
que, amor y libertad, no hay él sin ella?

ESTRELLA.- (Volviéndose estremecida)

¿Don Juan? ¿Sóis vos Don Juan? ¿O en el delirio  
de mi fiebre de amor, te me apareces  
como un fantasma que me da martirio?

D.JUAN.- (Avanzando hacia ella)

Soy el que esperas, en las livideces  
de tu angustia de lirio;  
la claridad que imploras en tus preces;  
el ala que codicias;  
el impulso que anhelas;  
el aire que en tus sueños acaricias;  
la nave, tan oronda de sus velas,

que, cuando en ella montes,  
no habrá para sus anclas horizontes.

ESTRELLA.- ¡Don Juan...!

(Acercándose a él con la duda de si es  
(un hombre o una aparición.

¿Por donde entraste?

¡Por la ventana abierta!

D.JUAN.- Si abierta la ventana me dejaste,  
no sé, en verdad, por qué elegí la puerta.

ESTRELLA.- ¡Forzaste la cerraja!

D.JUAN.- No, por cierto.

Forzar no lo consiente mi decoro  
ni es menester, con el camino abierto  
por esta llave de oro. (Muestra una dorada llave)  
Llave color de miel, rica heredera  
de su hermana mayor, que fué de cera!

ESTRELLA.- ¿A qué vienes, Don Juan?

D.JUAN.- No a violentarte.

Vengo a decirte adiós.

ESTRELLA.-

¡Te vas...!

D.JUAN.-

Me alejo,

porque vivir no puedo sin amarte.

ESTRELLA.-

¿Me amas y te vas?

D.JUAN.-

Y, si te dejo,

no es por falta de gusto en desposarte,

sino porque ese estado

tiempo há que lo tomé y él me ha dejado.

ESTRELLA.-

¡Oh!... (Sorprendida y desencantada)

JUAN.-

La espina de amor de aquella infame,

cruel debeladora de mi alma,

me enconará la tórtola a quien ame,

si niega a mi martirio el premio y palma

del óleo que mis llagas embalsama.

ESTRELLA.- (Anonadada)

¡Don Juan...!

D. JUAN.-

¡Adiós, Estrella de mi norte!

Ya no han de verte mis pupilas ciegas.  
Que se estrelle mi nave no te importe,  
si otro hemisferio con tu luz anegas  
que a un piloto feliz guía y conforte.

ESTRELLA.-

¡Sufres, Don Juan! ¡Y yo que la fortuna  
creía prisionera de tu suerte!

D. JUAN.-

En todo fué mi madre; sólo en una  
desdicha, -la más fuerte,-  
endereza mi vida hacia la muerte.  
Las hadas bienhechoras, en mi cuna,  
me ofrendaron blasones de nobleza,  
sangre cristiana por mis venas corre;  
salud que es fortaleza  
sin tasa me socorre  
y aún es mayor la torre  
de mi fuerte riqueza.  
Pero ¿de qué me sirven mis blasones,

mi sangre azul y de herejías pura,  
mi sana contextura  
y mis rentas en carros de doblones,  
cuando el amor tendíame una celada  
y, al sentirme burlado,  
busco y encuentro la mujer soñada  
y me grita el deber que soy casado  
y es muralla afrentosa  
aquélla que no supo ser esposa?

ESTRELLA.- ¡Cómo, Don Juan, amaros es posible  
y hacerse para vos aborrecible!

D. JUAN.- ¿Me amó jamás?

ESTRELLA.- Así lo considero.

¡Ay, tú también estás encarcelado  
entre barras de acero!

Si como esposa dócil te he amado,  
cuando pensé que fueras mi marido,

¡con qué arrobo te quiero  
apenas te he sabido desgraciado!

JUAN.- ¡Adiós, amor!

ESTRELLA.- ¡Yo no; no lo despidol

JUAN.- ¿Tanta fortune alcanzaré, señora?

ESTRELLA.- Siento que, en el reloj de mi tormento,  
ha sonado la hora  
grande y libertadora.

JUAN.- ¡Piensa, mujer, lo grave del intento!

ESTRELLA.- ¿Por qué a pensar me obligas cuando siento?

JUAN.- ¡Sólo por compasión vas a seguirme!

ESTRELLA.- ¿Sólo por compasión? ¿Quién te lo dijo?

JUAN.- Párceme, señora, que al oírme,  
en tu regazo, ha despertado un hijo.

ESTRELLA.- ¡Un hijo...! ¡No!... Sí... No... ¡Son tantas cosas!  
¡Todo el amor! ¡Todo el amor humano!  
Tú lo encuentras en flor. Y de estas rosas,  
sólo da un ejemplar cada verano:

JUAN.- Vámonos, pues. ¿Qué dudas?

ESTRELLA.- (Verdaderamente dudosa) Si no dudo.

...He sentido, a lo lejos, tu llamada  
y de este modo tu mirada pudo  
encontrarme vestida y desvelada.

¡Vamos!... Espera...

JUAN.- ¡No!

ESTRELLA.- (Yendo hacia la jaula que toma en sus  
manos.

¡Mi pajarico!

¡Me desconoce con nupciales galas!

¡Vuela feliz!... Y, con tu alegre pico,

pregona el logro, al fin, de nuestras alas.

(Ha abierto la jaula junto a la ventana,  
(fingiendo soltar el canario. Abandona  
(la jaula sobre el lecho.

¡Ya libre soy!... ¡Adiós, cárcel oscura!

Mi prima dormirá. Mi padre...

JUAN.-

(Reprimiendo el instinto filial de Do-  
ña Estrella y tomando el candelabro pa-  
ra alumbrar la escalera.

¡Vamos!...

ESTRELLA.-

¡Vamos, Don Juan!      (Sale)

JUAN.-

¡Colmóse la aventura!

¡De estas rosas, Don Juan, logra cien ramos!

(Vase Don Juan también. Suenan de nuevo las gui-  
tarras y la voz de un rondante que canta:

VOZ.-

"Blanca azucena:  
flor pudorosa,  
que te marchitas  
cuando te tocan,  
sin arrancarte,  
por que no mueras,  
dame la aroma  
de tu inocencia!  
¡Copo de nieve!  
¡Blanca azucena!"

(Doña Blanca oye entre sueños el principio de la trovilla y vase despertando hasta alzarse y acudir a la ventana. Apenas otea el exterior, entra por el fondo DON BERNARDO, sin más vestido que la camisa, el calzón, medias calzas y chinelas.

BERNAR.- ¡Blanca azucena!

BLANCA.- (Sorprendida) ¡Señor...!

BERNAR.- ¡Y asomada!

BLANCA.- ¡Perdonad!

BERNAR.- ¡No hay perdón! Cuando amanezca,  
de mi férula saldrás,  
y el rastrillo de un convento  
será de tu honra guardián.

BLANCA.- Porque anónimos cantares  
oiga mi curiosidad  
¿podéis creerme locuela  
que no se sabe guardar?

BERNAR.- Confesaste que escuchabas

BLANCA.- complaciente, voto a tal!  
¡Teneos!, ¡soltadme, tío!  
¡por Dios!, ¡que me lastimáis!

BERNAR.- ¿No escuchas, hija?

(Abriendo la puerta)                    ¿No escuchas,  
o estabas dormida ya?

(Entra al aposento de Doña Estrella)  
¡También la ventana abierta!  
¡Hija! ¡Estrella! ¿Dónde estás?  
¡Y esta jaula...! ¡Sin el pájaro!  
BLANCA.- ¿Qué ocurre, señor?

BERNAR.- (A la ventana)                    ¡Mirad...!  
¡Dobló la esquina! ¡Mi espada!  
¡¡Mi espada...!! ¿Con quién se va?  
¡Estrella! ¡Me la han robado!

BLANCA.- ¿Qué maldecís de robar?  
¿No sabéis?

BERNAR.-                    ¡Estrella mía!

¡Piedad!

BLANCA.-

¡Oídmel

BERNAR.-

¡Piedad!

(Caído sobre el lecho, la cabeza entre  
las manos, mientras brota el hilo pi-  
doso en la voz de Doña Blanca.

BLANCA.-

No os aflijáis, señor tío,  
cuando os debéis alegrar,  
que el propio Duque de Lerma,  
-orden de Su Majestad,-  
por dama de Margerita  
la vino él mismo a buscar.  
Sentárase en alcohada,  
delante del solio real  
y antes oobrará el dictado  
de Duquesa de Albarrán.  
Con un rico gentilhombre,  
su reina la casará,

cuyos estados superen  
la anchura de Portugal.  
Así lo quiere Felipe,  
no por halago falaz,  
sino en premio de servicios  
de valor y lealtad,  
que prestó a las armas reales  
cierto insigne capitán.

(Don Bernardo ha ido pasando del peroxi-  
(mo a la calma y de ésta a la ilusión con  
(forme escucha alucinado a su sobrina.

BERNAR.-

¿Mas ¿cómo no me avisaron?...

BLANCA.-

¿Podíais vos saludar  
a tan alto personaje  
casi desnudo? Demás,  
que, de las acciones que haga  
la mano de recha, habrá  
de no enterarse la izquierda

BERNAR.-

para que aprovechen más.  
¿No escuchas? Suena lejano  
cierto estrépito marcial  
y el batir de una carroza  
por el puente o más allá.

BLANCA.-

¡Ea! ¡A dormir, señor tío,  
porque mañana vendrán,  
al filo del mediodía,  
reyes de armas, a pintar  
en vuestro escudo de hidalgo  
la insignia de general!

BERNAR.-

¿Yo, general?

BLANCA.-

¡Con diez tercios  
que parten rumbo a triunfar!

(Dejando a Don Bernardo en la nube de su  
gloria para acudir a la ventana.

Pero ¿qué es ésto? El canario  
se vuelve. ¡Temblando está!

1  
¡Soñaste rutas de cóndor,  
mas no supiste volar!  
Ven, pajarico, a tu jaula!  
¡no te atrape un gavilán!

TELON.

---

FIN

---

CARLOS MORENO  
Bopista teatral  
URCIA, 26, 4.º B  
TEL. 77488  
MADRID